

HERMAN TELLOON



Campeón
DEL
MUNDO

HERMAN TELLGON

CAMPEON DEL MUNDO



LIBRO CASI

HERNANDEZ 48 LOCAL DERECHA

LIBRO CASI

LIBROS NUEVOS Y USADOS

CAMBIO-COMPRA-VENTA NOVELAS

CRUCIGRAMAS-PASATIEMPOS

Tel: 91 445 57 54

DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLAN
Madrid 1957
PRINTED IN SPAIN



SAO BERNARDO DE MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.--Madrid

COLECCION F. B. I.

NUMEROS PUBLICADOS

- | | | | |
|------|------------------------------------|------|------------------------------------|
| 100 | Yo, Director del F. B. I. (1). | 297 | Cuando la ciudad duerme (5). |
| 200. | F. B. I. contra Crimen, S. A. (1). | 298. | Dakin «el Guapo» (42). |
| 222. | Aprendiz de policía (30). | 300. | National 71177 (21). |
| 225. | Muerto en la carretera (4). | 301. | La amenaza de Morris (4). |
| 226. | Sangre de periodista (23). | 302. | Yo te detengo (28). |
| 230. | Uno contra todos (28). | 303. | El humo llevaba sangre (9). |
| 232. | Oscura traición (41). | 310. | Sobra un hombre (21). |
| 234. | Solo existe un dilema (9). | 311. | ¡Yo no lo maté! (44). |
| 235. | Legión extranjera (30). | 212. | Duelo en las sombras (28). |
| 235. | El triunfo del bien (42). | 313. | Falsa coartada (30). |
| 241. | Los sospechosos (40). | 314. | Rehenes (4). |
| 244. | Puente de traidores (17). | 315. | Noche sin amanecer (5). |
| 249. | Un caso policiaco (4). | 316. | El inspector Dirac investiga (42). |
| 250. | Caza del hombre (44). | 317. | Exterminio (30). |
| 251. | En la brecha (17). | 323. | El renegado (5). |
| 252. | Galería de condenados (4). | 324. | El testigo amordazado (3). |
| 253. | Vidas truncadas (44). | 325. | Por la espada (44). |
| 257. | Última pena (5). | 326. | Ayer fui asesinado (4). |
| 258. | El astuto Rubén (40). | 327. | De robo, un «gangster» (28). |
| 259. | La Policía lo sabe (3). | 328. | Barrera de odio (42). |
| 261. | ¡Perseguido! (28). | 329. | La caza de Bucky (5). |
| 264. | Callesón sin salida (5). | 330. | Happy sabe cumplir (17). |
| 267. | Pánico! (4). | 331. | Doble enigma (30). |
| 268. | La banda de los buhos. | 332. | Acusa el testigo (21). |
| 270. | Inspector especial (42). | 333. | El «boss» está servido (4). |
| 272. | Tres muertos para tres (48). | 334. | El robot y la muñeca (37). |
| 273. | Huyendo del pasado (30). | 335. | El castigo del mal (42). |
| 274. | Manos sucias (4). | 336. | ¡Y no soy culpable! (3). |
| 275. | El elefante blanco (49). | 337. | Niebla en el pasado (28). |
| 276. | Al margen del deber (21). | 338. | Chantaje en Tokio (50). |
| 277. | Al servicio de la Ley (42). | 339. | ¡Logan vuelve! (30). |
| 279. | Tres ramas de un mismo tronco (3). | 340. | Ella y el «gangster» (17). |
| 281. | El fiscal asesinado (9). | 341. | La bestia (5). |
| 282. | Valija diplomática (30). | 342. | Descenso al abismo (37). |
| 283. | Misterios de Chicago (4). | 342. | Tras el telón de bambú (51). |
| 284. | ¡Expulsado! (37). | 344. | El verdugo soy yo (4). |
| 285. | Diamantes rojos (42). | 345. | Ha muerto un valiente (17). |
| 287. | El último asalto (30). | | |
| 288. | La muerte al volante (45). | | |
| 289. | Brow Street (47). | | |

343. El pequeño «boss» (28).
 347. Amarga victoria (28).
 348. Una gota de sangre (21).
 349. Trágica obsesión (42).
 350. «Gangsters» de ring (6).
 351. La novia se viste de luto (41).
 352. Pistolerero de hielo (28).
 353. Bailada en el arrabal (52).
 354. Destino implacable (3).
 355. El loco (42).
 356. Ex agente especial (23).
 357. Bajos fondos (30).
 358. Espera desesperada (4).
 359. Por encima de todo (17).
 360. Musculos y cerebro (53).
 361. Con bandera falsa (8).
 362. La muerte suelta la presa (28).
 363. Escavos del delito (23).
 364. Desafío a la muerte (41).
 365. Sin miedo (5).
 366. Canal sangriento (23).
 367. Sepultado entre llamas (40).
 368. Mi cabeza está en juego (4).
 369. A zarpazos (17).
 370. Máscaras del delito (28).
 371. Huracán de odios (40).
 372. Secuestrados en el infierno (52).
 373. «Magnum» contra «Luger» (5).
 374. Hampa internacional (35).
 375. Testigos: mis ojos (4).
 376. Veinticinco encarnados (54).
 377. La prueba de fuego (4).
 378. La búsqueda silenciosa (3).
 379. Rumbo a la muerte (44).
 380. Tú eres el asesino (21).
 381. Puerto de Nueva York (8).
 382. Cruel alternativa (5).
 383. Corrupción (4).
 384. Momento decisivo (38).
 385. Acepto tu reto (28).

AUTORES

- | | | |
|---------------------|---------------------|--------------------|
| (1) Alf Manz. | (22) Dana Yonell. | (40) Herman Tell- |
| (2) Fred Baxter. | (23) Al Gallard. | gon. |
| (3) Frank McFutr. | (24) Chester King. | (41) Anthony Cunt- |
| (4) Eddie Thorny. | (25) Josep Tell. | ler. |
| (5) O. C. Tavin. | (26) Med Ryman. | (42) Anthony Ben- |
| (6) Alar Benet. | (27) Lou Dark. | son. |
| (7) A. G. Murphy. | (28) Jan Hutton. | (43) Albert Lazar. |
| (8) Lewis Haroc. | (29) Richard Jack | (44) Fred William- |
| (9) J. L. Martyn. | son. | son. |
| (10) Jack Brooklyn. | (30) Jim Murray. | (45) Ray Jones. |
| (11) Thomas Settee. | (31) Sand Burt. | (46) Richard Har- |
| (12) John Nebot. | (32) Joe Greig. | vey. |
| (13) Thomas Wan- | (33) Bill O'Creigh. | (47) Ben Martyn. |
| ton. | (34) Don Lassister. | (48) Leo Mason. |
| (14) F. N. Graw. | (35) John Est. | (49) Billy McLean. |
| (15) Robert Deaf. | (36) Edward Good- | (50) Ralph F. Re- |
| (16) Alan Carson. | man. | mer. |
| (17) Ale Cortroa. | (37) Angelo de Tar- | (51) M. Saavovich. |
| (18) Jack Grey. | turis. | (52) F. Spey. |
| (19) Edgar Ford. | (38) Gary Beisan. | (53) A. River. |
| (20) Andre O'Sun. | (39) Paul Coster. | (54) Rufus None |
| (21) Fel Marty | | |

I



A campana del «gong» levantó a «Tigre» Carey como si una corriente eléctrica tomase súbito contacto con su cuerpo. Avanzó hasta el centro del «ring», la cabeza profundamente hundida entre los hombros poderosos, el brazo derecho adelantado, mientras que el izquierdo cubría su pecho, tensos los músculos, dispuesto a eliminar a su adversario en pocos minutos.

Por su parte, Jack Turney se movió sobre la resina con los ágiles movimientos de un león en libertad. Se mantenía erguido, los brazos caídos a lo largo de los costados, cual sí la lucha que se aproximaba nada tuviese que ver con él.

Los cuatro guantes atuvieron en contacto fugitivo un segundo,

en un saludo protocolario. Luego el puño derecho de «Tigre» se adelantó, buscando el mentón de su adversario. Pero fué el aire el que agujereó. Y se encontró de repente en el centro de un huracán del cual era la víctima exclusiva.

Turney se había convertido en una sombra fugitiva, de la que partían tremendos golpes. Derechas e izquierdas, directos, «clinchés», machaqueo constante en el estómago y los costados. Poco a poco, «Tigre» se transformó en una especie de saco de entrenamiento.

De pronto, un tremendo golpe al estómago le obligó a doblarse hacia delante. Y ya no vio venir el gancho de izquierda que había de finalizar el combate. Se desplomo en el centro del cuadrilátero. Podían haberle contado cincuenta sin que llegase a recobrar el conocimiento. No sé enteró del instante en que el árbitro proclamó vencedor a Turney, ni tampoco de que hubieron de trasladarle, al vestuario, inconsciente.

Aquél era el último combate. Poco a poco el local quedó desierto. Las cuadrillas de mujeres de la limpieza invadieron el recinto, arrancando del suelo la goma de mascar, los restos de «perros calientes», colillas de cigarros y objetos perdidos.

Turney acabó de vestirse con lentitud. Con toda calma anudó la corbata, obligando a sus dedos a una labor minuciosa, detallada. Lo mismo había realizado con los cordones de los zapatos y con los rebeldes botones de la camisa. Practicaba continuamente la virtud de la calma, por lo mismo que se sabía carente de ella.

Era nervioso, impulsivo. Refrenarse constituía un recordatorio a su inteligencia. Sabía que la improvisación, la falta de control, eran peligrosos. Uno puede cometer grandes equivocaciones al lanzarse a cualquier empresa o movimiento sin meditarlo antes. Y para su temperamento resultaba imprescindible la disciplina. Así, poco a poco, creaba una segunda naturaleza superpuesta a la suya propia.

Pero sus pensamientos se hallaban lejos del trabajo mecánico de vestirse. Ante él se abría un camino prometedor, que le llevaría a cumplir los objetivos más queridos. El combate de aquella noche era un paso firme.

Volvió a pasar el peine por los revueltos cabellos de color castaño. Abandonó los vestuarios. Iba silbando tenuemente mientras recorría los desiertos pasillos.

Nadie aguardaba. Deliberadamente había esperado que así fuese. No le gustaba sentirse objeto de persecuciones admirativas. El boxeo era para él, además de un medio de obtener dinero con el que llevar a efecto sus sueños, algo que le proporcionaba maravillosas sensaciones.

Enfrentarse a otros hombres llenos de vigor y agilidad, vencerlos empleando su inteligencia, darse cuenta de que era el más diestro y fuerte, resultaba magnífico.

Los escenarios de tiempos pasados revivieron en su pensamiento. Eran al tiempo, tristes y añorantes. Los muelles de Nueva York. Las instalaciones portuarias mayores del mundo, habitadas por la más extraña y heterogénea humanidad. Allí fue donde celebró sus primeros combates, y allí fué también donde fijó su rumbo en la vida.

Una sonrisa contrajo sus labios al recordar la entrevista que hubo de celebrar con su padre, un pequeño y fatigado oficinista de la complicada maquinaria administrativa del muelle once.

—¿Qué piensas hacer, hijo? —Le miraba, asustado Por las evidentes señales sobre su persona de una pelea que sostuvo al salir de la escuela.

Quince años tenía entonces.

—Contestó con firmeza:

—Voy a ser boxeador. Campeón del mundo.

Luego añadió:

—Y también médico. Ganaré dinero boxeando e instalaré una clínica en el muelle. Estas gentes necesitan cosas así.

Pudo parecer una tontería entonces. Pero los años habían transcurrido, y aquellas palabras empezaban a ser realidad. Y siempre, en sus recuerdos, existía la figura de una persona que le alentaba, aunque no compartía su entusiasmo por el boxeo. Su hermana Elena.

Hizo alto al llegar a la salida. Llovía con furia. Para llegar a su coche habría de recorrer unas docenas de yardas, lo que tendría por resultado convertirse en una esponja.

Con mirada indiferente contempló un coche de color negro, detenido frente a la puerta donde se encontraba indeciso. Dos hombres descendieron de él y avanzaron en su dirección. Se preguntó sin interés qué podrían buscar allí.

Se detuvieron al llegar a su lado.

—¿Es usted Jack Turney? —habló el más corpulento de los dos.

Quedó sorprendido. No podía imaginar que nadie esperase bajo aquel torrente de agua tan sólo por entrevistarse con él. Era absurdo pensar que desearan felicitarle por el combate que había hecho momentos antes. Por lo tanto, aquellos hombres deseaban algo de él. Más lo que pudiera ser aquel algo, escapaba a su imaginación.

Se apartó un poco para que pudieran guarecerse en el portal. Contestó:

—Así me llamo, sin duda. ¿Me buscan?

Los dos individuos quedaron bajo la lluvia, cual si la idea de colocarse a su lado no les fuera agradable. Mantenían las alas de sus sombreros bajas y los cuellos de las gabardinas subidos. De sus rostros únicamente le era posible ver los ojos y la nariz.

El que había hablado con anterioridad lo hizo de nuevo:

—Dan Coleman quiere verle, Turney. Hemos venido por usted.

Dijo aquello como si se tratase de una orden inapelable y el nombre de Coleman tuviese el poder de allanar dificultades. Jack se impuso la obligación de contestar correctamente.

—De acuerdo. Dan Coleman quiere verme. Pero yo no deseo verle a él, quienquiera que sea. Así que tendrán que marcharse y explicarle la situación.

Hubo un instante de vacilación por parte de su interlocutor. Y fué su compañero el que insistió:

—Cuando Coleman quiere ver a un «muchacho», el «muchacho» va, y nada más. No diga tonterías. Suba al coche y acompáñenos.

Había avanzado el mentón y su nariz ganchuda recibió una ducha que le hizo volver al refugio anterior. Jack se dio cuenta de que ambos hombres permanecían con las manos en los bolsillos. Y también de que sus modales sugerían la posibilidad de que pertenecieran a ese mundo cuya historia está escrita en los archivos de la Policía de todos los países.

—Vamos, Turney —volvió a hablar su compañero—. Coleman quiere verle, ¿no? ¿Por qué, entonces, crear dificultades? Nosotros tenemos que llevarle allá. Lo haremos, aunque para ello sea necesario meterle una onza de plomo en el cuerpo. Y tenga en cuenta que le buscamos para hacerle ganar dinero. Montones de billetes. ¿Por qué crear dificultades? —repitió.

Era un sueño. Sin duda, alguno de los golpes de «Tigre» Carey había producido el curioso fenómeno que ahora se manifestaba. Soñar despierto, mientras se movía y aparentaba normalidad. Porque aquellos hombres actuaban igual que los actores de Hollywood cuando encarnaban la personalidad de los «gangsters».

Las manos en los bolsillos, tan abultados que únicamente el hecho de que en ellos llevasen armas podían justificarlo; la forma de hablar, la seguridad de que el mágico nombre de Dan Coleman bastaría para obtener obediencia, pertenecían a las historias que el cine solía contar.

Sin embargo, en contra de la suposición del sueño, estaba aquella desagradable lluvia, cuya humedad podía percibir perfectamente, aunque no se hallase en directo contacto con ella y la personalidad de sus dos interlocutores, desagradable sin duda, pero real a más no poder.

—No pienso ir —gruñó, con desagrado—. Y eso de que van a llevarme a la fuerza, es una fantasía. Necesitarían un par de hombres más para conseguirlo.

Un movimiento, tan rápido como el relampaguear de una exhalación, se produjo ante sus ojos: Dos revólveres de chato cañón miraron en forma siniestra hacia su estómago.

—No se equivoque, Turney —manifestó «Nariz Ganchuda»—. Sus puños no van a servirle para nada. Una bala se mueve más aprisa que ellos.

Acometido de una sensación de irrealidad. Jack Turney subió al coche de donde los dos pistoleros habían descendido momentos antes. Registró en forma automática en su cerebro que se trataba de un «Cadillac» especial, de línea moderna y espaciosa.

Quedó sentado, flanqueado por los pistoleros, sintiendo en sus costados la presión de los redondos ojos de las armas que éstos empuñaban. Apenas se hubo acomodado, arrancó el coche. Se mantuvo en silencio durante algún tiempo, en tanto que las luces, de la ciudad semidesierta se alejaban formando una estela brillante esfuminada por la lluvia.

—¿Quién es Coleman? —habló, al fin.

Le pareció poder percibir la incredulidad que su pregunta producía a los pistoleros. Era como si hubiese afirmado desconocer la estatua de la Libertad o el hecho de que se hallaban en los

Estados Unidos. Una cosa inconcebible, merecedora de castigo.

—Usted es Jack Turney, ¿no es cierto? Peleó esta tarde con «Tigre» Carey, y lo venció, ¿verdad?

—Así es.

—¡Rayos! ¿Y no conoce a Coleman?

—Siento ser tan torpe —manifestó—. Pero no sé quién es él «importante» señor Coleman. Tal vez se trata de un personaje famoso, mas sus hazañas no han llegado hasta mí.

Le pareció oír una exclamación. Algo así como: «¡Bueno, esto es el colmo!». No obstante, los dos hombres callaron, tal vez sumidos en dolorosos pensamientos al considerar su ignorancia. Y ya que no recibía respuesta a su interrogante, dedicó la atención al recorrido que estaban realizando.

Se habían adentrado en Bronx y buscaban la zona de los hoteles rodeados de jardines, donde sólo los poseedores de enormes cantidades de dólares podían habitar. Al llegar allí, las calles se hicieron más anchas y las luces de los faroles adquirieron blancas, aristocráticas tonalidades, cual si hubiesen querido evitar la menor molestia a los ojos hipersensibles de los afortunados habitantes del sector.

Con maravillosa suavidad se detuvo el coche. «Nariz Ganchuda» fue el primero que salió, conservando la pistola apuntada en su dirección, mientras él lo imitaba. La furia de la lluvia había aumentado, convirtiéndose ahora en un verdadero temporal. Su otro acompañante, cuyos movimientos semejaban a los de un oso adormecido, se colocó otra vez a un lado.

Le llevaron en dirección a una verja, que se abrió para darles paso apenas estuvieron cerca de ella. Recorrieron una larga avenida. —Jack se preguntó la razón por la que el coche no entraba, evitándoles aquel paseo bajo la lluvia— y subieron al fin una escalinata, hasta quedar bajo la protección de un porche, sostenido por cuatro esbeltas columnas.

«Nariz Ganchuda» apretó un botón. Los armoniosos sonidos de un «gong» repercutieron en el interior del hotel. A pesar de la oscuridad reinante, Turney se impresionó por la enorme mole del edificio. Era evidente que Coleman, a cuyo encuentro iba, poseía una gran fortuna. A menos que se tratase de una sociedad, o algo parecido, nadie podía derrochar el dinero de aquella forma.

La puerta se abrió, escapando del interior una luz suave. Ante ellos se materializó la figura de un chino, de corta estatura.

—Hola, Wong —saludó «Nariz Ganchuda»—. ¿Está el jefe?

—Señor Dan Coleman estar en biblioteca con otro caballero —informó el chino, sin descomponer una línea de su inescrutable rostro—. Estar esperando a señor Turney.

Siguió Jack al chino, lleno de asombro. Atravesó un vestíbulo de enormes proporciones, decorado con tapices y algunos cuadros, en los que reconoció las copias de famosos pintores. La alfombra en la cual hundía sus pies semejaba estar llena de aire, pues su grosor era tal, que los pies perdían la seguridad al caminar sobre ella.

Abrió el chino una puerta que se abría al fondo del vestíbulo, y se hizo a un lado para dejarle paso. Se adelantó Turney. Dos hombres se encontraban sentados junto a una amplia chimenea, y entre ellos, que ocupaban cómodos sillones, una mesita aparecía cargada de botellas y copas.

—Pase, muchacho —le llegó una voz profunda, cual si saliera del fondo de una cueva—. Venga a tomar una copa con nosotros.

De nuevo la sorpresa aumentó. Reconoció en uno de los hombres a Robert Brendys, su empresario en la pelea que había disputado aquella noche. Mas su atención quedó fija en el otro. A pesar de que no se había levantado para saludarle, aquel individuo daba la impresión de ser enorme. Su pecho medía, a simple vista, cerca de una yarda de anchura. Su cabeza, que era muy grande, resultaba, por comparación, como si hubiesen colocado sobre los hombros de un gorila un coco. Y su forma también se asemejaba a aquella fruta. Sólo que despojada la parte inferior de pelo.

—¿Qué significa esto?

Dirigió la pregunta al hombre al que conocía. Sin embargo, estaba seguro de que no sería éste quien contestara. Brendys permanecía frente a Coleman en la actitud de un criado frente a su amo. Acertó en sus suposiciones.

—Tome un trago antes de empezar a hablar, Turney —surgió del abismo del pecho la voz de Coleman—. No hay motivo para que permanezca en pie tampoco. Siéntese.

Sus riquezas quizá eran las de un sultán de «Las mil y una noches», pero el hombre no tenía nada de irreal. Hablaba con brusquedad, casi a golpes.

—¿Por qué he de sentarme? Usted parece muy seguro de que todo el mundo ha de obedecerle. Pero yo no me creo en el deber de hacerlo así. Dígame: ¿por qué me obligó a venir? ¿Qué le hace suponer que cuando salga de aquí no iré a la Policía a contarle esta especie de rapto que sus hombres han practicado?

—Escuche, Turney —intervino Brendys—: él es Dan Coleman, ¿no comprende?

—¡Caramba! Es Dan Coleman, de acuerdo. Pero ¿qué me importa?

Iba a hablar de nuevo Brendys más un movimiento de la enorme mano derecha de Coleman le inmovilizó cual si fuese un muñeco automático.

—Espere un momento, muchacho. Creo que no se da cuenta de lo que pasa. Usted es boxeador, ¿no es así?

Tales presuntas empezaban cansar a Jack. Incluyó la cabeza, asintiendo. Posiblemente de aquella forma terminase antes el asunto y pudiera regresar a, su alojamiento.

—Bien —prosiguió el otro—: le he traído aquí con fin de hacerle una proposición beneficiosa para ambos. Quiero encargarme de usted en calidad de representante suyo. Haré de usted un campeón, y llenaré sus bolsillos de dinero. Únicamente tendrá que seguir mis indicaciones. Nada de preocupaciones en adelante. Su camino será fácil, y a su debido tiempo alcanzará todas las metas que se haya propuesto.

Súbitamente, la claridad se hizo en la mente de Jack. Se llamó, en silenciosa e interior recriminación, un asno. Claro que sabía quién era aquel hombre. Sólo que el nombre por el que habitualmente se le conocía entre los que vivían el mundillo agitado del boxeo era el de «Buey» Dan.

Como un torrente se abrió paso en su cerebro el caudal de información que poseía acerca de él. Muchas, veces oyó hablar a otros boxeadores de sus tratos con «Buey». Y la misma sensación, de estar al borde de una cloaca pestilente, que entonces la acometió, se apoderó ahora de él.

Toda clase de negocios sucios formaban la historia de «Buey» Dan. Y todos ellos relacionados con el boxeo. Combates amañados, coacciones con los que se resistían a someterse a su dominio, hombres apaleados brutalmente, a fin de doblegarlos a su voluntad,

incluso algún asesinato, para demostrar que nadie podía escapar a su influencia en el mundo del llamado deporte del boxeo.

Una oleada de ira recorrió el cuerpo del joven. Sintió el deseo ardiente de golpear aquella cara ruda, seguro de que sus puños hallarían en la «cabeza-coco» una resistencia de roca. Se contuvo. Inquirió:

—¿Qué le ha hecho pensar en mí, Coleman?

—Usted será campeón. Y cuando eso ocurra, quiero ser yo su representante.

—¿No lo era de Bobby Claus?

La interrogación surgió de sus labios, incontenible. La historia de Claus era conocida de cuántos seguían los incidentes del boxeo. Un día había aparecido muerto, luego de ser considerado como un futuro campeón del mundo de su categoría. Y se susurraba que la razón de haber sido elegido como blanco de unos ejercicios de tiro era que exigió a su representante, «Buey» Dan, naturalmente, cuentas claras de las ganancias que debió obtener a lo largo de su vida como luchador.

Vio cómo en los ojillos porcinos de Coleman se encendía una luz amenazadora, Remachó:

—Seguro que a Bobby Claus también le ofreció ser campeón y hacerle millonario. Pero lo que obtuvo fué una muerte violenta. Y que recuerde yo ahora, ninguno de los hombres a los que usted patrocinó se encuentra en la abundancia. Todos ellos han caído, más pronto o más tarde, en el empleo de pistoleros pagados a sus órdenes. Quizá esos dos que fueron a buscarme hoy fueran también esperanzas en algún tiempo en los «rings».

Adivinó que había acertado. Y al mismo tiempo se amonestó, «in mente» por haber dejado que su temperamento impulsivo se apoderase de su razón. No era necesario, hallándose en el cubil de la fiera, hostigarla. Rehusar la proposición de Coleman se imponía. Más obligar a que los asesinos pagados del «gángster» se pusieran sobre su pista para eliminarle, no era necesario.

Con voz, oscurecida por la ira, habló «Buey» Dan:

—Conteste. ¿Acepta o no lo que le he propuesto? Antes de que pudiera hacerlo agregó: —Y sepa que no se trata de algo que pueda dejarse a su voluntad. Si dice que no, es que ha decidido abandonar el boxeo. De lo contrario, sabrá que no puede luchar, a menos que

yo se lo permita. Ni aquí, en Nueva York, ni tampoco en ningún otro lugar del mundo.

La voz asustada de Robert Brendys se dejó oír:

—No sea loco, Turney; acceda. El señor Coleman olvidará sus imprudentes palabras anteriores y todo quedará como al principio.

Asentó con mayor firmeza los pies sobre la alfombra. Sus manos, como en los instantes en que se disponía a luchar en el cuadrilátero, quedaban flojas a lo largo de sus costados. Mandó la prudencia al diablo.

—Escuche, Coleman —habló—. Antes que entrar en tratos con usted, viviría en compañía de una rata. Y tampoco pienso dejar el boxeo. Sepa una cosa; en cualquier momento, alguien puede utilizar los mismos métodos que usted emplea. Recuerde que una bala llega mucho más lejos que todas las barreras que se le opongan.

Dio media vuelta y salió. Pero captó la mirada de Coleman al hacerlo. En ella vio algo que le produjo un escalofrío. En adelante, se iniciaría una campaña, encaminada a romper su voluntad de resistencia. Coleman no eliminaba una posible fuente de ingresos hasta estar bien seguro de que nada podía obtener de ella.

Evocativo es el título de nuestra Serie

WINCHESTER

porque recuerda la época turbulenta de la historia de Far-West. En estas novelas se plasman argumentos interesantes y de ritmo dinámico protagonizados por hombres que sabían enfrentarse a la muerte con una sonrisa o un gesto de desafío.

WINCHESTER

es el prototipo de las mejores novelas de *cow-boys*.

II



L helado cierzo nocturno hirió su rostro, despejando sus ideas, apenas estuvo en el exterior. La lluvia caía ahora con menor fuerza, y pronto, sin duda, se convertiría en nieve, a juzgar por la baja temperatura.

Dos ideas se manifestaron relampagueantes, en su cerebro. La primera era poder salir esquivando a los hombres de Coleman. Y la segunda, la consoladora de que éste tal vez no tuviese la intención de buscar una decisión definitiva, habida cuenta de que Robert Brendys estaba enterado de la entrevista que habían celebrado momentos antes.

Brendys, en cuanto alcanzaba su conocimiento, era un hombre honrado. Con seguridad se hallaba sometido, como otros muchos, al dominio de Coleman; mas dar su aprobación a un crimen era

demasiado.

No obstante, aunque Coleman emplease métodos menos contundentes, lo probable sería que ordenase a sus esbirros la ejecución de un castigo tendente a quebrantar su espíritu. El recuerdo de las tremendas palizas que otros hombres sufrieron a manos de aquellos gánsters aceleró los latidos regulares de su poderoso corazón.

Turney no vaciló. En lugar de emprender la marcha en la misma dirección de la venida, rodeó el edificio, marchando aceleradamente a lo larga de un enarenado camino, a ambos lados del cual crecían altos árboles, que oscurecían aún más la negra noche.

Se había dado cuenta de que una verja de hierro forjado rodeaba el hotel. Conocía bastante bien aquélla parte de la ciudad. Recordaba que, no muy lejos de las calles que se extendían por la parte trasera de la mansión Coleman, podía hallar una estación del «Subway». En tanto: los sabuesos del bandido le seguían en dirección equivocada, él se habría confundido entre la multitud del ferrocarril subterráneo.

No le fué difícil saltar la verja. La humedad había conquistado el último reducto de su cuerpo cuando se halló caminando a lo largo de una silenciosa calle.

Le, hubiese gustado tomar un trago de licor. Pero no encontró ningún bar. Siguió adelante con rapidez. Quince minutos más tarde viajaba mezclado con una espesa muchedumbre. Pensó en Elena, su hermana. Se estaría preguntando la razón por la que no cumplía su costumbre de telefonarla antes de irse a dormir, mucho más luego de haber celebrado un combate. La muchacha se negaba a dejarse influir y el boxeo le parecía algo desagradable.

Abandonó el *Express Highway* a la altura del Lincoln Túnel. Desde allí no le costaría gran esfuerzo alcanzar la Lincoln Street, donde tenía instalada su clínica.

Con monótona insistencia la lluvia persistía sobre la ciudad. Llevaba el cuello de la gabardina subido y la cabeza hundida entre los hombros. Dobló la esquina de la calle en donde vivía. Y dos figuras, que al punto reconoció, surgieron ante él.

—Bueno, amiguito —la voz ronca y deslizante de «Nariz Ganchuda» se elevó por sobre el ruido de fritura de la lluvia—. Aquí

estamos otra vez. ¿Creías que ibas a escaparte?

Actuó con la velocidad de un felino. Saltó en dirección al «gángster», y su puño derecho alcanzó el débil mentón en un directo impresionante. «Nariz Ganchuda» expelió el aire de los pulmones como un fuelle. Cayó hacia atrás, con los ojos en blanco, perdido el conocimiento antes de tocar el suelo.

Se volvió en dirección al otro gorila. Pero su avance quedó detenido instantáneamente. El revólver que ya, conocía le apuntaba, y la mano que lo sostenía poseía la dureza de la roca, la firmeza del cemento.

—No muevas un pelo o te abraso —gruñó el hombre.

Se movió, precavidamente, hasta quedar al lado de su inconsciente compañero. Le empujó con el pie rudamente. Un gemido escaño de labios de «Nariz Ganchuda». Con movimientos de somnábulo, se incorporó, sacudiendo la cabeza con precaución.

Poco a poco recobró sus facultades pensantes. Una mirada, de odio terrible se encendió en las pupilas amarillentas.

—Te destrozaré la cara por esto —mordió las palabras con furia—. Coleman dijo que te «trabajáramos» un poco. Ahora lo haré, con mucho más gusto que antes.

Se levantó. A su vez sacó el revólver y apuntó a Turney.

—Andando —dijo, señalando hacia un punto de la calle en donde el joven vio parado el «Cadillac» de oscuro color.

En tanto obedecía, Jack hacía trabajar su cerebro sin cesar. Según las palabras de «Nariz Ganchuda», las intenciones de los «gangsters», al parecer, eran únicamente propinarle un escarmiento. No estaba dispuesto a dejarse maltratar, sin embargo. Tenía que actuar sin pérdida de tiempo. Si llegaba a entrar en el coche, quedaría a merced de aquellos hombres, sin posibilidad de contrarrestar sus acciones.

Una docena de pasos le separaban del «Cadillac». ¡Tenía que hacer algo! Quizá le fuese posible sorprender a sus captores. Tal vez si se volviese, súbitamente, y les atacase, lograría desarmarles. Y una vez que no tuviesen la protección de los revólveres, acabaría con ellos en pocos minutos.

Inició el movimiento, tendente a poner en práctica sus ideas. Mas no le fué posible terminarlo. Un golpe tremendo se abatió sobre su cráneo, y la oscuridad se hizo mayor aún. Le pareció caer en un

abismo, cuyo fondo era inaccesible. Y, por fin, todo se borró para él.

Una luz brillante le enfocaba los ojos cuando recobró el conocimiento. Era como si se encontrase bajo las brillantes luces del «ring», esperando el momento de iniciar una pelea. Pero en seguida comprendió que no era así.

Estaba tendido en el suelo. Cinco hombres le rodeaban. Sus caras, confusas aún, se volvían en su dirección, esperando, sin duda, me volviera a la consciencia. Los cinco pares de piernas, le rodeaban como los barrotes de una cárcel humana.

Se abrió paso a través de su aturdimiento una voz que empezaba a serle odiosa. «Nariz Ganchuda» exultaba satisfecho la bilis encerrada en su cuerpo desmedrado.

—¡Vaya! Parece que se recobra de su desmayo. Nunca pensé que un boxeador se pareciera a una damisela. ¡Caramba! Tiene la cabeza poco sólida.

Aquellas palabras parecieron tener el efecto de recordarle lo ocurrido. Y se dio cuenta de que la nuca le ardía, enviando oleadas de dolor lo largo de todo su cuerpo.

—Vamos —habló ahora el «gángster» de apariencia de oso—. Levántate. «Aún no has terminado este combate»:

Se puso en pie, vacilante. Cinco hombres, de aspecto sorprendentemente igual, a pesar de las diferencias físicas que existían entre ellos, se materializaron al fin. Los tres bandidos que todavía no conocía eran corpulentos, rudos, malcarados.

Reconoció en ellos a tipos acostumbrados a la lucha. Era evidente que Coleman los había reclutado entre los boxeadores y luchadores fracasados de todo el mundo.

Comprendió que nada adelantaría hablando. Aquellos hombres eran unos asalariados. Máquinas desprovistas de ideas. Lo único que podía hacer era devolver algo de lo que, con toda seguridad, iba a recibir.

Jamás pudieron comprender los bandidos la razón por la que los labios de Turney se distendieron en una sonrisa en aquellas circunstancias. Fue simultánea con la acción. Cayó sobre «Nariz Ganchuda» como un alud. Un «clinch» al estómago del individuo fué seguido de un gancho a la barbilla. No se preocupó más de él. Sabía que, en tanto durase la pelea, aquel hombre estaba fuera de combate. Y por eso se había reído. Eligió a «Nariz Ganchuda» como

víctima, a pesar de ser el más débil de sus adversarios, a causa de la antipatía profunda que experimentaba hacia él.

Lo que siguió a continuación jamás pudo recordarlo con exactitud. Parecía como si se hubiese mecido en el centro de un temporal y que la furia de los elementos se centraba sobre su persona. Recibió golpes de todas clases, y los devolvió, poniendo en cada una de sus «respuestas» cuanta «dinamita» era capaz.

Machacó narices, hundió barbillas, dejó que sus puños se adentraran en los estómagos de los cuatro hombres que le golpeaban, sintiendo el placer de oír los gemidos entrecortados que escapaban de sus gargantas.

Poco a poco fué perdiendo la consciencia de sus actos. Era como si en cada uno de sus brazos una tonelada de peso se hubiese añadido. Sus pulmones necesitaban más aire, y en cada inhalación semejava que un cuchillo los traspasaba. Sentía en los labios el sabor de la sangre.

Hubo de pronto una especie de tregua. A través de la niebla que cubría su visión vio que uno de los bandidos empuñaba una silla y que se disponía a descargarla sobre su cabeza. Intentó esquivar, pero le fué imposible. Sus piernas habían perdido la agilidad acostumbrada.

Vio descender la silla. Y por un curioso fenómeno mental, contó para sí los segundos que tardaba en entrar en contacto con su cabeza. Uno, dos, tres...

El golpe estalló como una bomba, haciéndole caer de pronto en la más absoluta oscuridad.

Se despertó, notando una sensación en el rostro como si millones de pequeños insectos corriesen por él, dejando una huella húmeda, fría. Poco a poco recobró el conocimiento, y con él la facultad de sentir. Era su cuerpo un centro de terribles dolores, que lo recorrían en oleadas siempre en aumento.

Abrió los ojos. Y los insectos de patas húmedas huyeron, convirtiéndose en una lluvia mansa, menuda, que caía sobre su cara sin cesar. Estaba tendido en la calle. Un farol, a lo lejos, luchaba contra la claridad del día que empezaba a iniciarse. Reconoció el lugar. Era la pequeña Lincoln Street, en donde habitaba.

Con tremendo esfuerzo se incorporó. Durante algunos amargos segundos luchó contra el mareo que se apoderaba de él. Pero

consiguió dominar aquella ola de debilidad y logró ponerse en pie. Le separaban de la entrada de su casa una docena de metros. Tomó, sin embargo, el camino opuesto. Casi inconscientemente supo que debía buscar ayuda. Y a su mente acudió el recuerdo de su hermana Elena. La joven, que trabajaba en un laboratorio, ocupaba un apartamento cercano al suyo.

Los recuerdos iban volviendo lentamente a su mente. De nuevo le pareció hallarse en aquella habitación destartada, casi sin muebles, en donde hubo de soportar un castigo que, en el caso de otro hombre menos preparado físicamente, habría significado el fin.

A medida que andaba, realizó un recuento de sus miembros. Sin poder asegurarlo del todo parecía como si ninguno estuviese roto. Seguramente, Coleman dio la orden de que así fuese. El interés que sentía por él se basaba en sus condiciones de luchador. Por lo tanto, resguardaba su integridad física, dentro de los límites que su testarudez impusiese.

Nunca supo cómo consiguió llegar hasta allí. Le acometían mareos; las imágenes se deformaban, alargándose y encogiéndose cual si se reflejaran en un espejo de feria. Apretó el botón del timbre largamente. De pronto, la puerta se abrió. El inquieto, asombrado, rostro de Elena enmarcó en el umbral.

Quiso decir algo, evitar que se asustara, pero le fué imposible. Nuevamente una espesa niebla se cernió sobre él. Se desplomó sin sentido.

Ned Cassidy agitó un largo dedo índice manchado de nicotina, ante la asombrada, inquieta, mirada de Elena Turney.

—Tu hermano está loco —sentenció—. Y tú lo estarás más aún si alientas esa locura que se propone. Tiene que ceder. O abandonar el boxeo. ¡Caramba! Tiene su carrera, ¿no? ¿Por qué no se dedica a ella y se olvida de lo demás?

Ned poseía un agudo sentido psicológico, que le permitía prever, lo que aquéllos a quienes aconsejaba —lo hacía en muy raras ocasiones— iban a responderle. Y ahora sabía que de los maravillosos labios de Elena, hechos para el amor y no para otra cosa, saldrían palabras de reproche. Pero Ned consideraba su deber aclarar bien las cosas, aunque ello fuese a costa de una riña con la muchacha que adoraba.

—Ned Cassidy —habló al joven—, debería darte vergüenza

hablar así. ¿Tú, un hombre del

F. B. I.,

un agente de la Ley, diciendo que se debe acceder a las presiones de un bandido, de un asesino, como Dan Coleman?

Se hallaba la muchacha en pie, paseaba inquieta mientras hablaba. Su esbelto cuerpo se estremecía a impulsos de la ira. Y en sus ojos pardos se encendían puntitos dorados, indicios de furia. Ned comprobó, una vez más, que si bien en lo físico Elena y su hermano no se parecían, en el carácter, sí. Los dos eran obstinados, leales, honrados y testarudos.

—Escucha —interrumpió—. Sé que no debería hablar así. Pero el interés que siento por Jack y por ti me obliga a ello. Tú crees que es muy fácil calificar a Coleman de «gángster», y probar que él fué quien dio la orden de «ablandar» a tu hermano. Te equivocas, sin embargo. No hay en esta ciudad quién se atreva a decir eso en voz alta. Ese individuo tiene organizada una red de influencias que actúa de forma impresionante. Puede aplastar a quien se lo proponga y en el momento en que lo desee. Y lo hará con Jack si continúa pensando lo mismo el día que sea dado de alta en el hospital. Deberías influir sobre él para que ceda.

—No lo haré —fue la rápida respuesta—. Claro está que Jack es libre de proceder como le parezca. Pero si cree su obligación oponerse a un bandido, yo estaré a su lado en cuanto mis fuerzas me lo permitan.

Se detuvo unos instantes. Luego, unas amargas palabras brotaron de sus labios.

—Tú, supongo, «protegerás» a ese señor coliman si alguien intenta, «calumniarle», ¿verdad?

Se agitó, inquieto, Cassidy. Aquello iba mucho más allá de lo que había supuesto. Ella no le entendía, cegada por su inquebrantable confianza en la justicia y en la ley.

Los labios de la mujer se cerraron fuertemente, convirtiendo la boca en una línea roja.

Se puso en pie Ned. Era delgado, más sus hombros poseían gran anchura, haciendo que no pareciera tan alto como realmente era.

—Me juzgas mal —habló—. Creo que no debo intentar convencerte. Cuando una mujer quiere a un hombre, debe confiar en él. Pienso que tu amor por mí no es tan grande como desearía.

Esperaré a que rectifiques.

Abandonó la casa, sintiendo que en su corazón se agitaban desagradables sentimientos. Lo que había dicho a la joven era cierto. Ella tenía demasiado amor a su hermano y a sus ideas. Necesariamente debería cambiar si deseaba lograr la felicidad.

Las palabras hirientes que le dirigió momentos antes demostraban, en su concepto, que le subestimaba. El hecho de que hubiese tratado de hacer penetrar algo de cordura en su cerebro y en el de Jack sólo sirvió para que le insultara.

Entre tanto, Elena sentía como si algo precioso insustituible, que constituía parte de su propia vida, acabara de morir. Creía que aquel hombre, a quien entregó su corazón, no poseía las cualidades que le atribuyó. Era tan sólo un ser humano, quizá algo mejor que el resto, pero apegado a, la rutina y a la establecido.

Le hubiese gustado llorar. Mas no podía. Desde el día anterior, en que Jack apareció ante sus ojos malherido, casi agonizante, una rabia tremenda la mantenía tensa. Y cada vez aumentaba más. Sabía quién era el culpable, y también lo sabían las autoridades. Y, sin embargo, nada se hacía contra él.

Se daba cuenta de que Ned tenía razón. En realidad; Jack debía abandonar el boxeo y renunciar a la lucha contra un mundo tan horrible. Pero si bien Elena concedía esto en su fuero interno, sentía que una oleada de furor recorría su cuerpo al solo pensamiento de seguir el consejo de Cassidy.

Por otra parte, estaba Jack. Éste, lo sabía con absoluta seguridad, lucharía como un diablo antes que ceder. No le importaría perder la vida si para conservarla era necesario convertirse en un esclavo. Y aquella actitud, a pesar de ser una locura, desde el punto de vista práctico, hallaba en la joven una entusiasta partidaria.

Súbitamente los diques de las lágrimas se rompieron. Se precipitó en su cuarto y lloró. El recuerdo de Ned que se había marchado lleno de amargura, se presentaba insistente en su imaginación.

Ned Cassidy condujo su coche por las concurridas calles de la ciudad con descuido. Muchos años de práctica en aquella Babel que era Nueva York habían hecho de él un filósofo del volante. Sabía que el accidente fatal surge en cualquier momento. Y aquella mayor

parte de las veces son otros los que tienen la culpa de que uno pierda la vida en una colisión.

Aparcó ante la escalinata de la Fundación Carnegie. Allí habían llevado a Jack, luego de caer como fulminado, un segundo después de abrirle la puerta su hermana.

Recorrió los limpios corredores, a cuyos lados se abrían puertas con números en ellas, y se orientó hacia la 35, ocupada por Jack. Se detuvo antes de entrar, a causa de la presencia de dos hombres que había sentados en un banco de madera, frente a la puerta, a los que reconoció en seguida.

—¡Hola! —saludó el más pequeño de los dos—. ¿Viene por lo del muchacho? ¿Verdad que es triste que ocurran esas cosas?

Vio Cassidy en el mentón de aquel hombre una señal azulada. Dijo:

—¿Fué usted uno de los que intervinieron en esto, Brown? Esa señal, ¿es una caricia de Turney?

«Nariz Ganchuda», pues de él se trataba, respondió, adoptando un aire de inocencia ultrajada:

—¡Vamos, vamos! Turney va a ser uno de los «chicos» de Coleman. ¿Cómo puedo estar contra él?

Nada contestó el agente federal. Abrió la puerta. Antes de entrar oyó aún al «gángster» decir:

—No moleste demasiado al «chico». Necesita reposo.

Cerró la puerta tras sí. Permaneció algunos instantes inmóvil, con la espalda pegada a ella. Luego, el bulto que había en la cama se agitó. Una voz baja, como amordazada por el dolor, llegó hasta él.

—Hola, Ned. Esperaba que vinieras.

Vio que la cabeza de Jack se hallaba casi por completo envuelta en vendajes. El ojo que había al descubierto estaba rodeado por un halo azulado. La pupila se encendía en una luz optimista, lo que le extrañó.

—¿Qué hay, muchacho? —saludó—. Mal combate el de anoche, ¿eh?

—Seguro —farfulló con trabajo Jack—. Pero era tan sólo el primer «round». La próxima vez será distinto. Y entonces Ned Cassidy comprendió la inutilidad de exponer sus puntos de vista a aquel hombre. Un solo camino le restaba. Empezó a hablar.

III



¿eh? —Se inclinó Cassidy hacia Jack, al tiempo que fijaba su mirada en el único ojo visible del joven.

No obtuvo respuesta, más tampoco la esperaba, ya que sabía cuál iba a ser la decisión del otro.

—Escucha —prosiguió—: no voy a repetirte lo que he dicho a Elena hace algunos instantes. Te haré presente, sin embargo, que esa decisión representa hallarte en peligro de muerte a partir de este momento, y no sólo tú, sino todos los que te rodean.

Se silenció unos instantes, mientras encendía un cigarro.

Los hombres a los que vas a enfrentarte no lucharán empleando

métodos limpios. Nada podrán hacer por ti ni la ley ni sus agentes. Tras Coleman, aunque no de una manera clara, y tal vez sin que ellos mismos lo sepan, se alinean hombres de gran poder. Recuerda que Coleman conoce bien la Ley, pues él mismo es abogado. Por tu parte, en cambio, todo serán dificultades.

Nada respondió Jack. Sabía que cuanto estaba diciendo Cassidy era verdadero. Mas también sabía que tras las palabras del prometido de su hermana se ocultaba algo más. Ned Cassidy no tenía por costumbre perder el tiempo ni hacerlo perder a los demás. Se dio cuenta Jack de que Cassidy se hallaba presa de sentimientos, extraños, que le mantenían en desacostumbrada tensión nerviosa.

Bruscamente cambió el agente del

F. B. I.

el tema de sus palabras:

—¿Crees, tú también que yo estaré al lado de Coleman en esta lucha?

Hubo en el tono de su voz un eco metálico, frío.

Supo ahora su interior lo que atormentaba a Cassidy. Conocía a Elena y su insobornable integridad moral. Era evidente que los dos novios sostuvieron una conversación semejante a la que ahora tenían él y Cassidy, y que la muchacha debió decir algo que había herido profundamente a éste.

—¿También? ¿Hubo alguien que te acusara de una cosa así?

—Elena —fué la furiosa respuesta—. Hizo una demostración perfecta del juicio que le merezco. Me ha tratado como a un gusano. He sacado la impresión de que cree que soy una combinación entre Maquiavelo y Al Capone.

Se expresaba Cassidy como si las palabras que salían de su boca fuesen repugnantes insectos que lo asqueaban. Estaba tan furioso, que por primera vez desde que Jack le conoció había perdido su ecuanimidad. En su interior filosofó el joven acerca del amor, en tanto Cassidy tiraba su cigarrillo y encendía otro.

Se daba cuenta Jack de que una mujer puede convertir a un hombre en un muñeco. Mucho más si se parecía a Elena. Porque su hermana, había de reconocerlo, añadía a un cerebro bien equilibrado, y a una personalidad definida algo que anulaba todos los intentos de independencia de Cassidy. Poseía una belleza ante la cual los hombres perdían el habla y se convertían en ojos inmensos

que la perseguían sin descanso. Elena lo sabía y maniobraba por la vida empleando aquel decisivo triunfo en los momentos que lo creía oportuno.

No obstante, en el caso de Cassidy, la muchacha había encontrado un auténtico amor. A partir del día en que el agente federal entró en su vida, Jack asistió, entre divertido y asombrado, a la transformación que se iba operando en ella. La veía cambiar de forma de pensar, aceptar puntos de vista que antes jamás admitió. Y poco a poco iba dejando su personalidad a un lado para doblegarla ante la del hombre que amaba.

Sin embargo, en ocasiones se producían choques entre ambos. Y aquél debió ser de mayor consideración que otros habidos anteriormente.

Sus pensamientos quedaron interrumpidos por la voz de su amigo, aún furiosa, irritada.

—¿Qué piensas hacer?

Era aquélla una pregunta que Jack se había formulado desde el día anterior con insistencia. Realmente, ¿qué debía hacer? Las palabras de Cassidy respecto a lo que podía esperar de persistir en la línea elegida, eran terminantes.

Se encontraría solo en su lucha. Coleman representaba un poder. Los encargados de velar por la Ley habrían de abandonarle, debido a que no se puede aprehender a las sombras. Tendría que actuar cargando con todas las desventajas.

—¿Debo caer en las garras de Coleman? —inquirió—. Mi conducta está definida. Cassidy, y tú lo sabes. No voy a dejar que un tipo como ese «gángster» me convierta en un pelele.

—Sí. ¡Maldita sea!, lo sé —rugió Ned—. Pero no debería ser así. Tienes las mismas probabilidades de ganar que un ciego de nacimiento de pintar el puente de Brooklyn.

Otra vez se hizo un silencio. Cassidy encendió su quinto pitillo desde que inició la visita. Contempló preocupado la especie de momia en que los vendajes habían convertido a Jack. «Aquella —pensó— había sido tan sólo una simple advertencia». Lo que vendría después sería más duro aún. Dan Coleman no era hombre de métodos suaves.

—Está bien, Jack —habló de nuevo—. Voy a luchar a tu lado. No sé de qué forma, pero al menos intentaré que tengas alguna

probabilidad de ganar.

Percibió Jack la tremenda amargura que latía en la voz de Cassidy. Interpretó correctamente la causa. Muchas veces le había oído expresar sus ideas acerca del problema de la delincuencia en general, y particularmente en los Estados Unidos.

Decía el agente federal que las naciones y las ciudades tienen el tipo de instituciones que se merecen.

La honradez y eficiencia de los encargados de mantener la ley se hallaba en razón directa de la de los habitantes del lugar. Así, la mejor forma de acabar con la terrible lacra de los «gangsters» en los Estados Unidos era inculcar en las mentes de sus ciudadanos la idea de la resistencia.

Y a continuación, de aquellas disquisiciones, más o menos filosóficas, agregaba Cassidy que jamás hubo en la historia de la Humanidad ciudad más honrada que Nueva York.

Ahora, Ned se encontraba en presencia de un hombre que se disponía a seguir sus norma, daba la casualidad de que, al hacerlo así, iba implicar en la cuestión a Elena Turney. Y Elena Turney importaba a Ned mucho más que todas las teorías.

—¿Cuándo podrás salir de aquí? —inquirió ahora.

—Hoy mismo.

La respuesta le llenó de asombro. Era imposible que Jack, en las condiciones en que se encontraba pudiera salir del hospital en algún tiempo. Así, al menos, lo manifestó el médico encargado del joven. Por su parte, Cassidy se dijo que Jack deliraba.

—No podrás —afirmó—. Es imposible, aun para ti.

Cansadamente habló Jack:

—Escucha: los médicos, y entre ellos me incluyo, olvidamos a veces determinados factores que alteran nuestras apreciaciones. Te han dicho que no podré levantarme todavía. Bien; es correcto, desde el punto de vista científico. No obstante, se equivocan. Necesito salir de aquí, y lo haré, a pesar de los factores en contra.

La larga perorata le cansó. Volvió a recontar sobre la almohada la cabeza que había levantado.

—¿Por qué tanta prisa? Espera a reponerte por completo. Coleman sabe que estás aquí. Aún no ha terminado contigo.

—No hará nada por ahora. Creo conocerle. Antes de liquidarme intentará saber si la «advertencia» que me ha hecho ha cambiado mi

forma de pensar. Como es natural, conoce mi estado por el mismo conducto que lo has sabido tú. En tanto espera a que me reponga, descuidará la vigilancia. Quiero escapar a ella, y creo que la mejor forma es dándole la sorpresa de irme antes de lo que calcula.

—Está bien —comentó Cassidy que se levantó al mismo tiempo—. Procuraré ayudarte, durante algunos instantes quedé contemplando en silencio a su amigo, que había cerrado los ojos. Era admirable, sin duda. Un caballero andante en pleno siglo veinte. Un hombre que rehuía los caminos fáciles pero indignos, y se enfrentaba con las alimañas sociales. Turney se disponía a emprender una tarea que, en el concepto de muchos, sería una locura.

Iba a iniciar una romántica lucha para defender la decencia y la propia dignidad. Ayudarle sería algo nuevo, magnífico. Un privilegio del que Ned se sentía orgulloso. Esto era algo que no dijo a Elena, porque supuso que la muchacha lo comprendería, y no le harían falta explicaciones.

—Adiós —dijo, al fin—. Volverás a la clínica, ¿verdad?

—Así es —asintió Jack.

—De acuerdo; ya te veré.

Abandonó la habitación sabiendo cuáles serían sus próximos movimientos. Se detuvo frente a los dos «gangsters» que se hallaban montando la guardia frente a la puerta de la habitación del herido.

—Oiga —gesticuló el pequeñajo, en un intento de sonrisa conciliatoria, al mismo tiempo que ironizante—. ¿Cómo se encuentra el muchacho? Le aseguro que estamos muy preocupados por él, ¿verdad, Tony? —Dio con el codo a su compañero.

Una carcajada escapó del interior del oso estúpido que parecía el «gángster».

—Seguro que sí —rugió—. Muy preocupados.

Volvió a reír. Mas se detuvo cuando Cassidy habló:

—Vamos, muchachos. Vais a acompañarme ahora. Siento tener que separaros de aquí y que tengáis que prescindir de noticias acerca del enfermo, aunque ello sea doloroso para vosotros.

Se apresuró a protestar Brown, el pequeño:

—No podemos salir de aquí —gruñó—. Coleman nos avisó: «Quedaos frente a su puerta y no os mováis de allí ni un segundo. Respondéis con vuestro pellejo».

Hizo una pausa para respirar. Continuó:

—No voy a moverme de aquí ni aunque vengan con un tanque para lograrlo.

La acción de Cassidy fué violenta, súbita. Extendió su brazo derecho y aferró al «gángster» por el cuello. Lo levantó en alto, sin aparente esfuerzo, de forma que sólo las puntas de los pies de Brown rozaban con el suelo. La mandíbula del agente federal semejó un cepo para lobos.

Sacudió al «gángster» cual si fuera un «cock-tail».

Los dientes de Brown castañetearon entre sí. Luego abrió la mano, soltando su presa. Brown quedó frente a él, las rodillas, temblorosas, los ojos reflejando un odio profundo.

—Escucha, insensato —habló Cassidy—. No vuelvas a decir nunca más en mi presencia «No hago esto o aquello». Me conoces, ¿no es cierto? Sabes que puedo encerrarte para siempre, o colocar una bala en esa cabeza de mosquito que para nada te sirve. Ya hemos tenido tratos con anterioridad, Brown; no lo olvides.

Los dos «gangsters» le miraban con miedo. Realmente, sabían quién era Ned Cassidy. En tiempos pasados éste había investigado las actividades de Coleman y otros hombres asociados suyos, Y, aunque no logró aplastar a Coleman, deshizo un bien montado tinglado de sucios negocios en al que intervenía Dan.

Cassidy tenía entre los bandidos la reputación de tremendo enemigo. Se decía, hablando en voz baja, que no experimentaba escrúpulos en recurrir al juego sucio, devolviendo golpe por golpe a los enemigos de la Ley. Únicamente, hasta el momento, Dan Coleman había logrado esquivar sus trampas, a causa del conocimiento preciso que poseía acerca de los trucos legales.

—Seguidme ahora —añadió—. Y hacedlo sin replicar.

Obedecieron. Sin duda intenciones homicidas aleteaban en sus corazones, mas el temor que les producía Cassidy era superior a sus iniciativas malvadas.

De repente, la sombra protectora de Dan Coleman parecía hallarse muy lejos. Estaban acostumbrados a una patente de absoluta impunidad ante sus brutalidades; el hecho de que, a pesar de la nube de abogados, senadores y hombres influyentes, poderosos, tras los que se amparaba Coleman, un agente de la Ley

se atreviese a desafiar abiertamente a su jefe, les llenaba de confusión.

En aquellos hombres se producía la paradoja de que, siendo enemigos de la sociedad; se amparaban en sus redes protectoras para conculcarla. Por tal razón, Ned Cassidy no tenía inconveniente en salirse de los caminos mediatizados de la legalidad, a fin de aniquilarlos.

Les obligó a subir a su coche, aparcado frente al hospital. Condujo velozmente a través de la ciudad, esquivando los peligros de la circulación hábilmente. Iba pensando que lo que se proponía hacer era, sin duda, poco práctico. Mas, por el momento, no veía la otra posibilidad.

Pronto estuvieron frente a un edificio, en una calle lateral a la Quinta Avenida. Se trataba de una vieja edificación de dos plantas. La fachada estaba ennegrecida a causa de las inclemencias del tiempo. Sobre ella había un enorme letrero en letras rojas: «Boxing-Club».

Era el cuartel general de Coleman. Allí, en opinión de Cassidy, se habían fraguado más actos en contra de la Ley que en ningún otro lugar del mundo. Allí, hombres como aquellos que ahora iban en los asientos posteriores de su coche, se vieron obligados a desviarse del camino recto a causa de los manejos criminales de Coleman. Allí imperaba un mundo de muerte, de codicia, de la ley del más fuerte. Era una selva repleta de alimañas, en espera siempre de la pieza inocente para devorarla.

Se encaminó directamente al despacho del «gángster». Una puerta de cristales, pintada de blanco, ostentaba un letrero: «Dirección». Golpeó levemente sobre el cristal y sin esperar invitación, entró. La cara de Dan Coleman, sentado tras una enorme mesa, cubierta de periódicos y fotografías de boxeadores, se levantó, iracunda, en dirección al que entraba sin esperar permiso. Su gesto de repulsa se cambió en sorpresa al ver a Cassidy.

Mas no tardó en ser de nuevo el hosco «gángster», dominador de hombres. Con entonación fría, dijo:

—¡Caramba! ¡Cassidy! —extendió su mano derecha, semejante a la zarpa de un oso—. ¿Cuál es la razón de su visita? No me diga que tiene algo contra mí. Hace mucho que la Ley y yo estamos en paz.

Hizo el agente del

F. E. I.,

caso omiso del gesto del otro. Durante algunos instantes estudió el gesto de Coleman, aquel rostro que tanto pavor infundía a muchas gentes. Se dio cuenta de la razón que para ello existía.

En él estaban impresas las marcas de una impiedad, de una crueldad tremenda. Era como la máscara, tallada a golpes de martillo, de un Moloch sediento de sangre. Con anterioridad, Ned había conocido a otros hombres que se encontraban en la acera opuesta a la de la Ley. Mas jamás trató uno como Dan. Coleman. Porque en éste, además, de su condición de criminal, existía un cerebro ágil, deductivo, que le mantenía lejos de las trampas en las que solían caer los otros.

—No me agrada usted cuando se muestra en su verdadero papel, Coleman —dijo Cassidy—. Es decir: el hombre sin escrúpulos y duro. Pero al verle sonreír siento, que me entran náuseas. Es como si un buitre quisiera congraciarse con la vida, en lugar de meter su pico en la carroña.

Relampagueó la furia en la mirada del «gángster». Retiró la mano. Cuadró los anchos hombros en un gesto de desafío.

—¿Vino a insultarme, Cassidy?

No esperó la respuesta. Se encaró con los asustados «gangsters» que habían seguido a Ned hasta allí.

—¡Mil rayos! ¿Qué hacéis vosotros aquí?

—Escucha, jefe —se adelantó Brown a su compañero—. Fué él —señalaba al agente federal con una mano inquieta—. Nosotros... Yo...

La mirada de Coleman parecía ejercer el efecto de una mordaza. Se silenció Brown.

—Déjelos, Coleman —intervino Cassidy—. Tal y conforme dice esta «rata», no tienen ellos la culpa. Los «levanté» del asiento frente a la puerta del cuarto del hospital donde se halla Jack Turney. ¿Recuerda ese nombre?

Avanzó un paso. Ahora tenía al «gángster» al alcance de su mano. Los ojillos de Coleman se entrecerraron, hasta convertirse en dos cuchillas profundas.

—Óigame, Dan. Va a dejar tranquilo a ese muchacho. Recuerde esto. Le pesará si llega a desobedecerme. Ello significarla que, en adelante, me tendría tras usted. ¿Comprende?

Un silencio frío se produjo. Era como si las palabras al entrar en contacto con la atmósfera, hubieran determinado un descenso en la temperatura. Por un instante. Coleman, que a veces se dejaba guiar por presentimientos, sintió el impulso de acceder, y abandonar el «negocio» Turney. Pero, el recuerdo de las palabras que pronunciara el boxeador, refiriéndose a él, le detuvo. Jack Turney había de pagar lo que dijo.

—Está enamorado de la muchacha, de la hermana ¿eh? —rió Coleman—. Guapa hembra, ¡rayos! Pero sepa que pierde el tiempo. Nunca he tenido nada que ver con Turney, a no ser que me intereso por su carrera.

—Lávese la sucia boca para mencionar a esa joven, Coleman —no levantó la voz Cassidy, mas su acento ocasionó un escalofrío de terror a Brown, el pequeño «gángster» que seguía la escena con asombro—. Elena Turney nada tiene que ver en este embrollo.

La cara de Coleman se cubrió de un súbito color rojo. Al instante, estalló:

—¡Demonios! ¿Qué busca? ¿Vino sólo a insultarme?

Su apariencia indiferente se había esfumado por completo.

—Nada puede hacerme, Cassidy, y nada podrá tampoco en lo sucesivo. Soy un hombre importante en esta ciudad. Puedo devolverle los golpes.

Estableció una pausa Ned, antes de contestar, cuando lo hizo, su voz era tranquila, y tal vez por esta razón, más impresionante aún.

—Conozco todo eso, Coleman. Sé que tiene amigos importantes. Pero ellos sólo le servirán para evitarle ir a la cárcel. Lo que yo le anuncio es mucho más radical. Se trata de una bala en el estómago. En caso de que prosiga su campaña contra Turney y llegue a resultar daño para él o para esa joven que antes mencionó, le buscaré y le mataré como a un perro.

Al finalizar sus palabras, se volvió y se encaminó a la salida. Los silenciosos secuaces de Coleman se apartaron para dejarle paso. Tras él quedó un silencio profundo.

Dan Coleman permaneció ensimismado algunos instantes. En su interior rugía una tempestad de ira tremenda. Sentía el deseo de destrozar cuanto se hallaba a su alcance. No obstante, se contuvo.

Coleman conocía bien la psicología de los hombres, a los que manejaba como muñecos en sus sucias empresas. Sabía que ante

ellos debía sostener su postura de superioridad absoluta. No podía permitirse una explosión de ira sin que Brown, su bovino compañero, comparasen sus debilidades con las de ellos.

Con esfuerzo inmenso mantuvo la serena apariencia. Clavó sus ojos en los dos hombres.

—¿Qué hacéis ahí? ¡Largaos! —Restalló, súbitamente, su voz—. ¡Esperad afuera!

Cuando iban a salir agregó:

—Tú, Brown, di a Martyn que venga.

Esperó, impaciente la llegada del hombre que había mandado llamar. No tardó mucho. La puerta del despacho volvió a abrirse. Por una abertura casi inexistente se deslizó un hombre.

Red Martyn pudiera haberse exhibido en un circo como el hombre más delgado del mundo. Era como una cinta puesta en pie, dotada de movimiento. Y como lo haría, en el caso tan improbable de ser una cinta, Martyn se movía deslizándose, silenciosa, borrosamente.

Habló Coleman:

—Hay un hombre que se llama Turney. Jack Turney. Los muchachos te darán los detalles. Quiero que te «pegues» a él. No le pierdas de vista un segundo.

Advirtió el relámpago que se encendía en la mirada de Martyn, y lo interpretó correctamente.

—No quiero que le toques un solo pelo de la ropa. Si lo haces, sin órdenes precisas mías, tendrás un disgusto. Márchate.

Quedó nuevamente solitario Coleman. Pensamientos agradables llenaban su mente. Pronto Jack Turney, el hombre que se había atrevido a desafiarle, tendría su merecido. Y quizá; pudiese proporcionarle una sorpresa desagradable a Ned Cassidy.

Una sonrisa maligna contrajo su rostro. Semejó, entonces, una representación de algún dios adorado por los naturales de la isla de Borneo.



~~~~~  
**EDITORIAL ROLLAN**

**¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!**

**Publica:**

F. B. I. — WINCHESTER — EXTRA-OESTE  
NOVELISTAS DE HOY — VALIENTES  
AVENTURAS del F. B. I. — JEQUE BLANCO  
MENDOZA COLT — RECORDABLES  
WALT DISNEY

#### IV



El doctor Casttel era un hombre acostumbrado a tratar las más extrañas reacciones, y también los caprichos, de la doliente Humanidad, que pasaba por sus competentes manos.

Tales hechos le habían convertido en un profundo y calificado observador. Escuchaba sin aparentar sorpresa, y sus observaciones le daban la clave de la personalidad de aquéllos a los que trataba.

Muchos se engañaban cuando Casttel, mirando a través de los gruesos cristales de sus gafas sin aro, semejaba estar pensando en otras cosas, que aquellos objeto de la conversación. Y reconocían su error cuando el doctor daba una demostración de su capacidad deductiva.

Contemplaba ahora a Jack Turney en forma pensativa y, al

mismo tiempo, escrutadora.

—De todos los malos enfermos con que hube de tratar en mi vida, usted, Turney, es el peor. Tal vez ello se deba a que también es médico. ¿Pretende caer sin conocimiento en cuanto se levante?

Por su mente cruzaban una serie de pensamientos, a los que no daba salida. Desde el día en que Jack Turney había sido llevado a él, bajo los efectos de lo que parecía un atropello por una locomotora, se preguntaba la razón de todas las cosas extrañas que pasaban en el hospital.

Ahora el enfermo se había levantado y vestido, a pesar de que si le hubiesen consultado a él habría dicho rotundamente que tal cosa era imposible. Erguía Turney el cuerpo con dificultad, mas, sus ojos, rodeados por los vendajes, relucían fuertemente.

—Dígame Turney: ¿es imprescindible que cometa esta locura?

—Así es —contestó el joven médico.

Hizo una pausa, que rompió, interrogando a su vez:

—Los dos hombres que había frente a mi puerta se han marchado, ¿verdad?

Inclinó la cabeza Casttel, afirmando.

—Tengo que marcharme ahora sin tardanza. Antes de que vuelvan.

—Son sus amigos, ¿no es cierto?

—Vea lo que hicieron conmigo. ¿Cree que esto es una muestra de cariño?

Añadió al cabo de unos instantes:

—No es que imagine que voy a sacármelos de encima por completo. Pero quiero llevar a efecto unas cuantas cosas, y no me gusta que me sigan.

Súbitamente, el doctor Casttel tomó una resolución.

—Bien; yo mismo le llevaré, Turney. Terminé por hoy mi trabajo. Tengo el coche fuera. Sígame.

Cada paso de los que daba el joven era como si una legión de termitas devoradoras se abriesen camino a través de su cuerpo. Le parecía que sobre los hombros soportaba el peso del globo terráqueo; de un momento a otro, tal carga le derribaría.

Mas, a medida que iba avanzando, el vigor retornaba a su cuerpo, en oleadas que le recomían como lenguas de fuego vivificador. Había llevado a cabo en el pasado una labor de

adiestramiento de sus músculos, tan completa, pue ahora era una máquina perfecta, dócil a cuántos esfuerzos requería de ella.

Subieron a un sedán azul, aparcado frente a la escalinata del hospital. Se arrastró el joven tras su compañero y ocupó el asiento al lado del conductor.

—¿Dónde he de llevarlo?

La respuesta a la simple pregunta del doctor Castel había sido objeto de profundas reflexiones por parte de Jack.

—Al muelle once —indica—. Cuando estemos allí le guiaré.

Si tales señas extrañaron a Casttel no lo demostró. Guió en silencio. Turney se entregó a sus pensamientos. A partir del instante en que se vio envuelto en las complicaciones presentes, la idea predominante en él era su hermana. Y la visita qué le hizo Ned Cassidy aumentó aquella preocupación.

Suponía las artimañas que Dan Coleman pondría en juego para obligarle a acceder a lo que pretendía. Y si era verdad que no estaba dispuesto a dejarse dominar por el «gángster», también era cierto que se vería obligado a ello si en la contienda era mezclada Elena.

Había decidido, por lo tanto, que a partir de entonces se apartaría de la joven, tratando de borrar así su vinculación con ella. Al principio pensó continuar viviendo en la clínica, a la que ahora se encaminaban, pues había de continuar su labor sin interrupción.

No obstante, aquella idea la desechó también. Margot Grey, su enfermera y colaboradora, se encontraba allí. Lo mismo que Elena, debía permanecer ajena a cuánto ocurría. Una suave laxitud le invadió en tanto se recreaba con el recuerdo de la muchacha y repasaba en su memoria el día en que la conoció.

La detención brusca del sedán le arrancó de sus pensamientos. Se hallaban en la zona portuaria.

—Siga adelante, doctor —indicó a su compañero—. Es allá, al fondo, pasadas aquellas grúas.

Atendió Casttel sus indicaciones en silencio. Finalmente llegaron a su punto de destino. Un cartel, sobre la fachada deslucida de un edificio de dos plantas, dio al doctor Casttel la explicación que no había solicitado. «Dispensario Turney», leyó.

Detuvo el coche frente a él. Se apearon ambos hombres, ayudado Jack por Casttel.

—Entre conmigo, doctor —invitó el joven—. Le ofreceré una

bebida y le mostraré mí «clínica».

Mediante un tremendo esfuerzo. Jack guió a Casttel a través de la instalación que había creado con su solo esfuerzo. Silencioso, le siguió su acompañante. Una vez finalizada la visita (no había nadie en aquel momento allí), le guió el joven hacia la habitación que le servía en calidad de despacho y dormitorio.

Permanecieron en silencio, en tanto Jack servía dos «whiskies». Ocupó un asiento frente al sillón, donde se había instalado su visitante.

—¿Qué opina de todo esto? —inquirió.

Sentía alrededor de la frente como si una argolla de acero fuese contrayéndose lentamente sobre ella, produciéndole un intolerable dolor de cabeza. No obstante, realizó un esfuerzo de voluntad. Necesitaba recobrar en seguida su completa eficiencia, pues Dan Coleman no era hombre que demorase demasiado sus decisiones.

Si llegaba a dejarse vencer por el decaimiento, que ahora era dueño de su persona, posiblemente perdería los primeros asaltos del combate que se disponía a entablar.

—Estoy francamente asombrado —le llegó muy lejana la voz de Casttel, a través de la neblina que oscurecía su mente—. He conocido empresas singulares, de todo orden, pero no recuerdo nada parecido. ¿Cómo logra financiar todo esto, doctor?

Había en la voz del doctor más anciano un nuevo respeto. Y en su mirada se advertía admiración.

La explicación de Jack fué corta y verídica. Pero silenció los motivos que le impulsaron por aquel camino. Nada le dijo de los días de su infancia, transcurrida en aquel ambiente, palpando a diario la miseria física y moral de las gentes que lo habitaban y la necesidad, que juzgó imprescindible, de atenderles y sacarles de la especie de atonía que les mantenía presos.

Le escuchó maravillado el otro. Cuando terminó su explicación Turney, dijo:

—Bien; no sé si me será posible ayudarle en algo, Turney. Pero si es así, no vacile en decírmelo. Pocas horas tengo libres. No obstante, las pongo a su disposición. Es posible que necesite alguna ayuda, ahora que, ha encontrado en el camino de ese hombre, de Dan Coleman.

Al tiempo que hablaba se puso en pie. Añadió:

—Ya es tarde. Debo irme. ¿Está seguro de que podrá manejarse solo?

—No se preocupe. Espero que dentro de poco tendré compañía.

El ligero temblor de la voz de Turney al hablar hizo que Castel lo mirase atentamente. No vio nada alarmante en aquel rostro juvenil, cubierto casi por completo de vendas, a no ser un mayor brillo en la mirada. No supo que ello se debía a que, en aquel momento, Jack estaba pensando en Margot Grey.

Quedó solo Turney. Se sumió en pensamientos, profundos. Y el objeto central de ellos no era Coleman ni sus siniestras maniobras, ni tampoco lo que él podía hacer para responder a ellas. La figura de Margot llenaba por completo su cerebro. Pronto estaría allí. Jack sabía que, a pesar de su inexplicable ausencia, la joven habría continuado el trabajo en la clínica.

Se dejó arrastrar por la evocación. Rememoró el día en que la vio por vez primera. Había sido en aquella misma habitación donde ahora se encontraba. Se produjo la aparición de la muchacha al final de una de sus agotadoras jornadas de trabajo, durante las cuales se convertía, no sólo en el médico de los hombres y mujeres de la zona portuaria de Nueva York, sino también en su confesor.

Creyó que pudiera tratarse de un mero «caso» que deseaba ser curado. Mas en seguida desechó sus ideas al respecto. Aquella adorable figura, dotada de unos ojos de un color gris verdoso, que clavaba en él con fijeza no podía estar enferma. Le parecía, en un ataque de lirismo, que ante su presencia se había materializado la propia Salud, revestido su cuerpo de un traje sastre de color marrón, que modelaba las curvas maravillosas de forma perfecta.

Esperó, sorprendido, la explicación de la presencia inesperada. Inseguramente había interrogado:

—¿Usted?... ¿Qué desea de mí?

—Usted es el doctor Turney, ¿verdad? —resonó en sus oídos aquella voz como los acordes de una música dulce, atrayente—. Soy enfermera. Me gustaría ayudarle en su labor.

Fué como si de repente se hubiese convertido en un bloque de rígido cemento. Creyó haber oído mal. Mas la muchacha, que semejaba ser una antorcha que iluminase con mayor fuerza la estancia, prosiguió:

—No se asombre, doctor Turney. No estoy loca. Sencillamente,

he decidido emplear mi tiempo libre en algo verdaderamente grande. Ya sé que no podrá pagarme. Pero no es ésa mi intención. Si me lo permite, vendré cada tarde y colaboraré con usted.

Y así fué cómo Margot Grey entró en la vida de Jack Turney, quien aún no había encajado del todo los aspectos varios que tal presencia implicaba para él. Más tarde supo que la muchacha, lo mismo que él, había nacido en medio de aquel mundo miserable y abandonado.

El sonido de unos pasos leves, que se acercaban desde el exterior, espantó sus pensamientos como una banda de insectos al ser encendida una luz. Notó que se alteraba el ritmo de los latidos de su corazón. Era una nueva sensación, jamás experimentada antes, ni siquiera cuando se enfrentaba en el «*ring*» con hombres deseosos de causarle el mayor daño posible.

La imagen de la muchacha objeto de sus pensamientos se materializó sobre el umbral. Fué como un rayo de luz que entrase, a través de sus pupilas, directamente al corazón.

Durante algunos instantes permanecieron los dos inmóviles. La figura de Margot se destacaba como una estatua cincelada por Fidias y animada de un soplo vital milagroso. Se dio cuenta Jack con inquietud, de que el rostro de la joven reflejaba una expresión de tristeza como jamás antes tuvo.

No obstante, le maravilló el cambio que se produjo en él al descubrirle. Pareció que la sangre volviese a circular a lo largo de sus venas. Los ojos brillaron, llenos de sorpresiva alegría. Y sin saber cómo, se encontraron uno en brazos del otro. Dejó Jack que su voluntad naufragase en el suave, profundo, abismo de la caricia. Aquellos labios que besaba eran como una droga de poder inmenso. Le pareció escuchar junto al suyo el rítmico acompasar del corazón de Margot.

—¡Oh Jack! —suspiró Margot, al fin. Hundió sus dedos en la cabellera del hombre, tratando así de asegurarse de su presencia real—. No sabes cuánto he sufrido. ¿Por qué no has venido? ¿Qué te sucedió?

Súbitamente, en su voz se había deslizado una nota de inquietud. Sus manos descendían, acariciaban las huellas de las lesiones que le causaron los hombres de Coleman y las vendas que aún ocultaban parte de su rostro. Sus ojos exploraban ansiosamente

aquellas señales.

—Dime... —balbució—. ¿Qué ha ocurrido? Estas heridas... ¿Cómo?...

Se había transformado en la hembra de la especie que inquiere la razón del daño inferido a su compañero. Con inmensa alegría, Jack se daba cuenta de ello. Ahora comprendía que aquel amor, que estalló de repente al volverse a ver, no era resultado de una improvisación. Por el contrario, vivió en sus corazones con mucha anterioridad y fué creciendo poco a poco.

Tomó una decisión rápida. Reconoció que Margot debía saber la verdad. De pronto se daba cuenta de que, lo mismo que en el caso de su hermana, cualquier decisión que tomase implicaría un peligro para la muchacha. Estaba en una trampa. Se maldijo por su ceguera. La defensa que se disponía a llevar a efecto de cuanto consideraba fundamental en la vida, iba a ejercer una determinada influencia sobre aquellas personas que pertenecían a la esfera de sus actividades.

Primero había sido Ned Cassidy quién se lo hizo ver al entrevistarse con él en el hospital. En el caso de Elena había respondido sin vacilar, pues conocía perfectamente la identidad de pareceres entre su hermana y él mismo. Mas ahora el caso era distinto. Margot podía tener algo que objetar.

Fue en aquel instante cuando Jack estuvo más cercano que nunca a renunciar al camino emprendido. Pero quiso primero conocer la opinión de la muchacha. El desistir de su lucha contra Coleman representaba mucho.

Sería como entregarse en manos del «gángster». En adelante, su vida quedaría atrapada en la red del miedo. Nunca podría gozar de paz ni tranquilidad. Porque habría de vivir sometido, encadenado, para siempre. Ciertó que cabía renunciar al boxeo, y con él a la pequeña clínica que sostenía. Mas la marea de la cobardía sería la recompensa.

Llevó a la muchacha suavemente hasta el diván que había en un ángulo de la habitación. Se sentaron muy juntos, deseando sentirse unidos, inseparables.

Habló entonces, explicando lo ocurrido y las causas de ello. Mientras lo hacía, el rostro de Margot le iba contando las impresiones que dominaban en ella. La sorpresa, el temor, la alegría

y, finalmente, la determinación, se dibujaron en él.

Al mismo tiempo, las manos de la muchacha, que retenía entre las suyas, le transmitían mensajes nerviosos de amor y confianza. Siguió un largo silencio. Luego de finalizada su explicación. Al fin, lo rompió Jack.

—Bien; ¿qué opinas?

Fijó Margot la mirada de sus ojos, ahora verdosos, llenos de energía, en Jack. En tanto que él hablaba sintió crecer en su corazón el deseo egoísta de apartarlo de los peligros, de retenerlo a su lado. Aquel hombre era lo que más le importaba, la razón más importante de su vida.

Le horrorizaba la visión de aquellas vendas, de las marcas violáceas que había en su rostro, indicando lo que podía esperar de seguir el camino emprendido. No; no iba a consentir que lo mataran por una estúpida cuestión de amor propio. Las palabras que vinieron a sus labios, sin embargo, fueron contrarias por completo a tales pensamientos.

—Tienes que seguir adelante —dijo—. No voy a permitir que el amor que te tengo haga de ti algo distinto a lo que eres. Lucha contra Coleman y los suyos. Pero tienes que saber una cosa: permaneceré a tu lado. Lucharé también. Y el día que llegues a ser campeón del mundo, a pesar de esos hombres, te pediré que te retires y me dediques la vida a mí.

Se sintió arrebatada por una especie de huracán al finalizar sus palabras. Sobre los suyos, los labios de Jack imprimieron un mensaje de amor y agradecimiento a la vez. Respondió a las caricias del hombre con una especie de furia, de temor porque podía perderlo. Y se admiraba de que tales palabras hubiesen surgido de sus labios, cuando sentía su corazón desgarrado, herido, pensando en aquel cuerpo poderoso que ahora sentía junto al suyo, abandonado en cualquier lugar oscuro, atravesado por las balas de los sicarios de un hombre que ya odiaba sin conocerlo.

Se dijo que si tal caso llegaba, dedicaría su vida al logro de enviar a Dan Coleman a la silla eléctrica.

UNA NUEVA PUBLICACION PARA JOVENES,  
DIBUJADA POR UN ARTISTA MAGISTRAL

**MENDOZA COLT**

El famoso *gun-man* de raiz española cuya terrible velocidad en «sacar» siembra el terror entre los bandidos que saquean los poblados del lejano Oeste. Persigue con ahinco al culpable de su desgracia hasta que...

PUBLICACION QUINCENAL, 1,50 pesetas

## V



OBERT Brendys parecía una de las figuras de un pim-pam-pum. El muñeco traga bolas, con la boca abierta, esperando que alguien acertara a introducir por la ancha abertura de su boca la pelota de trapo. Toda su persona era una interrogación. En sus ojos se pintaba el asombro, y las palabras se negaban a surgir de su garganta.

Miraba a Jack Turney, cual si se encontrara en presencia de un monstruo inconcebible. Éste permanecía ante él, plantados los pies firmemente sobre el suelo, silencioso, esperando que el otro hablase.

Por fin pareció que Brendys recobraba la voz. Unos sonidos inidentificables precedieron a las palabras. Luego, como el maullido de un gato recién nacido, habló:

—¡Turney, está loco! ¿Qué..., qué le ocurre? ¿Encuentra la vida

desagradable? Si quiere suicidarse, no me complique a mí en ello. Tírese desde el puente de Brooklyn, muchacho.

Se irguió ligeramente. Su rechoncho cuerpecillo pareció un huevo dotado de movimiento. Agitó un corto dedo índice ante la nariz del joven.

—Entérese de una vez. Usted no «puede» boxear, a menos que acepte las condiciones de Coleman.

—¿Quiere decir que no está dispuesto a cumplir nuestro contrato?

—Lo que digo es algo más rotundo. ¡Demonios! Me niego a participar en nada que disguste a Coleman. Aún quiero vivir.

En sus ojos brillaron lágrimas. Jack recordó que Robert estaba considerado por cuantos le conocían como un perfecto comediante, que había engañado a muchos hombres bajo la capa de una timidez absoluta.

—Escuche, hijo —suplicaba Brendys, con una nota trágica en su voz—. ¿Por qué quiere matarme? ¿Qué le hice yo? No deseo que le maten; pero si insiste en que le dé un combate, de acuerdo con los términos del contrato que tuve la debilidad de firmar, será como colocarle ante un cañón a punto de dispararse.

Bajó ahora la voz, mostrándose amistoso y comprensivo consejero:

—¿No lo comprende? Usted se halla en el «ring». A su alrededor rugen algunos miles de personas. Nadie oiría un disparo. Únicamente le verían desplomarse. Y cuando le examinaran, usted habría muerto. No, Turney. El único camino es hablar con Dan Coleman.

Sin variar de postura, semejó como si el joven se hubiese acercado a Brendys. Al menos tal fue la sensación que el regordete hombrecillo tuvo.

—No le valdrá de nada su comedia —dijo Jack—. Sépalo de una vez. Quiero ese combate. Y todos aquellos que se comprometió a darme. Cuando firmamos el contrato, usted no podía prever esto, ¿verdad? Le di muchas facilidades, porque deseaba boxear, y creyó que era beneficioso el trato para usted. No obstante, ahora le tengo cogido. Puedo arruinarle si se niega a concertar las peleas previstas.

—¡Caramba! —Nuevamente había un lamento en la voz de Brendys—. ¿No se da cuenta? No soy un asesino. Si le doy un

combate, no tendré más remedio que hacer llegar la noticia a oídos de Coleman. Le tengo miedo, como se lo tendría a una serpiente en la selva. Sí me callo, hará que me maten.

—De acuerdo —accedió Jack—. Dígaselo.

—Pero... es que no quiero hacerlo. Tendría siempre la sensación de haberle matado yo mismo. ¿Por qué me pone en este compromiso?

Durante algunos segundos contempló Jack a Brendys. Un nuevo respeto hacia aquel individuo iba creciendo en su interior. Podría ser un cobarde. Pero se resistía a enviarle a la muerte, y le advertía con lealtad del peligro.

—Está bien —dijo—. No se preocupe. Brendys. Seré yo mismo quien hable con Coleman. Así podré dormir tranquilo.

—¿Es que va a pactar con él? —Le pareció advertir un tono decepcionado en la voz de Brendys.

Se encaminó hacia la puerta. Antes de abandonar el despacho, se volvió y dijo:

—Ya se enterará. Usted siga adelante con esos combates, que le he pedido. Antes de tres meses quiero disputar el campeonato del mundo.

El despacho de Brendys se encontraba en una transversal de la calle Cuarenta y Ocho. Se encaminó hacia ella, y penetró, en un bar de complicada ornamentación, queriendo asemejarse a la cabina de un submarino de la era atómica.

—Un «scoht» —pidió.

Se trasladó con la bebida al extremo del mostrador, donde, sobre una especie de calamar petrificado, descansaba el teléfono de color gris plata. Marcó un número con rapidez, luego de consultar la guía.

Una voz profunda, que reconoció como la del criado chino de Coleman, resonó al otro extremo del hilo.

—Residencia Coleman. ¿Quién ser?

—Quiero hablar con Dan Coleman.

—«Señor» Dan Coleman decir usted, ¿verdad? —se indignó el chino.

—Dije Coleman, y no otra cosa. Explícale a tu «señor», hijo del Celeste Imperio, que Jack Turney quiere hablarle.

Bebió un trago de licor en tanto esperaba. Con un gesto ordenó al camarero que le sirviera otro. No le importaba excederse un poco

ahora, pues no empezaría sus entrenamientos hasta dentro de algunos días.

—¿Qué quiere, Turney? —Llegó a su oído como un trueno la voz del «gángster». ¿Por qué me llama? ¿Ha recobrado la razón?

—Tengo que hablarle, Coleman —explicó el joven—. Voy a boxear de nuevo.

—Bien, bien, muchacho —graznó al otro lado Coleman, con alegría—. ¡Caramba! Parece que aprendió la lección, ¿eh? Venga en seguida, No se quejará de mí. Hablaremos de negocios.

—Aún recuerdo mi última visita a su casa. Prefiero que nos veamos en terreno neutral.

—¡Demonios! No debería ser tan desconfiado, Turney. No obstante, respetaré su deseo. ¿Le parece bien el Club Cuatro Estrellas?

—¿Alguno de sus negocios?

—Así es. Tengo una pequeña parte allí. Cenaremos juntos, y se dará cuenta de la clase de vida que llevan mis «muchachos» cuando son razonables.

—De acuerdo —accedió Jack—. Esta noche nos veremos.

Colgó el auricular y apuró su bebida. Salió al exterior.

Pasaba un taxi en aquel momento, y subió a él.

—Fleet Street, doscientos quince —ordenó.

Se arrellanó en el asiento, ensimismado en sus pensamientos. Mas de pronto la voz del conductor le arrancó a ellos.

—¿No es usted Jack Turney? ¿El médico-boxeador?

Al levantar la cabeza, vio, a través del espejo retrovisor, una cara de simio que le miraba con admiración. Los labios del hombre se distendían en una sonrisa que convertía su boca en la abertura de un buzón. Asintió con un gesto.

—¡Caramba! —habló el conductor, en tanto sorteaba los peligros de la circulación descuidadamente—. Le he visto boxear. Jamás vi nada parecido a usted, amigo. Pega con las dos manos y con una rapidez como no recuerdo otro luchador en la historia del boxeo. ¿Despertó ya «Tigre» Carey de su último encuentro con usted?

Sin esperar contestación, prosiguió, luego de sortear a un enorme camión que se le cruzaba:

—¿Cuándo pelea de nuevo? Voy a apostar cinco «machacantes» por usted, Turney. Y luego cogeré una «cogorza» para celebrar el

triunfo.

Detuvo el taxi al llegar al punto de destino, de forma que la cabeza de Jack chocó contra el techo. Se apeó. Al ir a pagarle, habló de nuevo el taxista:

—No vale nada, amigo. Ya lo recuperaré en su primera pelea.

Arrancó como un cohete teledirigido, y desapareció tras la primera esquina. Sonriente, avanzó Jack, y se adentró en la casa frente a la que se había detenido el coche. Hubo de accionar él mismo el ascensor, de antigua factura, pues no había encargado en el edificio.

Recorrió un largo pasillo, débilmente iluminado, y se detuvo ante una puerta, marcada con el número 17. Pulsó el timbre. Oyó en el interior el sonido de unos pasos que se acercaban. Luego la puerta se abrió, y ante él se perfiló el rostro de Cassidy, en el cual se reflejaba la sorpresa a causa de la inesperada visita.

—¡Vaya! ¿Eres tú? ¿Estás bien otra vez? Pasa, Jack.

Se hizo a un lado el agente del

F. B. I.

Luego guió a su visitante hasta un despacho de pequeñas dimensiones.

Ante el gesto de asentimiento de éste, extrajo una botella de «whisky» de un mueble-bar que había adosado cercano a la mesa de nogal oscuro.

—Siéntate —invitó—. Me alegro de verte. Sabía que saliste del hospital; pero mi intención de visitarte fué una más de las pequeñas buenas cosas que se quedan en proyectos.

Hablaba velozmente. Y sin interrupción fué a parar el tema que, según adivinó Jack, constituía el eje central de sus pensamientos.

—¿Y Elena? ¿Cómo está?

—No lo sé —contestó Jack—. Pienso que bien. Hablo con ella por teléfono de vez en cuando, más me abstengo de ir a verla. Quiero que permanezca ajena por completo a lo que está ocurriendo.

Se detuvo un segundo. Y cuando prosiguió, sus palabras obligaron a Cassidy a saltar sobre su asiento.

—Sois un par de tontos. Tú estás deseando verla, y ella, por su parte, parece un alma en pena desde que no te ve. ¿Estás esperando a que se muera para asistir a su entierro?

Le miró con furia Cassidy.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué te hace suponer que Elena quiere verme? Por lo que sé, represento para ella lo mismo que un furúnculo en el cogote. En cuanto a mí, voy arreglándome como puedo.

Nada dijo Jack. Mas su mirada obligó a proseguir a Ned.

—De acuerdo. Tú ganas. La verdad es que me siento como un globo vacío. Pero ¿qué puedo hacer?

Se levantó del sillón que había ocupado enfrente de su amigo y paseó con agitación.

—No iré a verla. Tendrá que ser ella la que ceda. No pienso humillarme, ¿comprendes?

—Está bien —accedió Jack, lo que pareció sorprender y desagradar al agente del F. B. I—. No irás. Es cosa tuya. No obstante, voy a pedirte que hagas algo por mí.

—¿Qué es ello?

—Quiero que esta noche vengas al Club Cuatro Estrellas.

—Ése es el Club de Coleman, ¿no es cierto?

—Sí. Tengo una cita con él. Cenaré en su compañía. Espero que te halles allí para presenciar lo que va a ocurrir.

Una serie de preguntas estaban prontas a aflorar de labios de Cassidy. Mas se silenció. Era evidente que Jack iba a iniciar algo contra el «gángster» y deseaba su ayuda. Nada más satisfactorio podían ofrecerle. Así demostraría a aquella testaruda hermana de Turney que se había equivocado con respecto a él.

—¿Lo harás? —Inquirió Jack.

—Seguro. Allí estaré.

Con un silencioso brindis apuraron sus vasos los dos hombres. Luego se despidió Turney. La hora en que debía encontrarse en la clínica se iba acercando.

Quedó silencioso Cassidy. En su mente se agitaban una serie de pensamientos en revuelta contusión. Al igual que otros muchos hombres, cuya vida se había desarrollado bajo el signo de la acción y la aventura, se hallaba ahora presa en la red de un sentimiento que siempre juzgó ajeno a él.

La posibilidad de que algún día llegaría a enamorarse y que la mujer objeto de aquel amor tendría poder para herirle con mayor crueldad y ensañamiento que las balas, fue siempre acogida con una

sonrisa. Mas ahora comprendía que en su interior se escondían confusos mundos sentimentales, tan fuertes como su voluntad de aplastarlos.

Una y otra vez, en tanto se ponía la corbata, se dijo que de ninguna manera iría a ver a Elena. Era ella la que tenía la obligación de hacerlo. Nunca se humillaría de tal forma.

Cinco minutos más tarde estaba sentado al volante de su coche y atravesaba la ciudad, dirigiéndose al domicilio de la muchacha. Por extraños razonamientos se había convencido de que tal era lo que debía hacer.

Cuando Elena vio frente a sí la cara sombría de Ned estuvo a punto de reír. No obstante, con la característica versatilidad femenina, las lágrimas acudieron a sus ojos. Mas el joven no pudo verlas, ya que la estrechaba entre sus brazos y la muchacha escondía la cabeza sobre su hombro.

La besó con ansia. Todos sus proyectos, las bonitas frases que traía preparadas para justificar su ida quedaron almacenadas en su pecho. Lo único importante ahora era saber que ella lo amaba y que su vuelta la hacía sentirse tan feliz que lloraba. Porque, desde luego, Ned Cassidy atribuyó aquellas lágrimas a la más favorable de las hipótesis para él.

—No vuelvas a hacerlo nunca más —murmuró, al fin, sin explicar qué era lo que Elena no debía hacer—. No lo resistiría.

Ella, sin duda, debió entenderlo, pues no solicitó aclaración. Se limitó a pegarse más al hombre.

—He sufrido horribilmente —musitó—. Y si tú no hubieses venido, lo habría hecho yo.

Volvió a besarla, lógicamente, Cassidy. Luego se desprendió del abrazo.

—Escucha —dijo—. Van a empezar las dificultades.

Nada dijo Elena. Esperó a que prosiguiera, aunque comprendió que se trataba de Jack.

—Tu hermano está de nuevo en circulación —aclaró Cassidy—. Como ya te dije, es un testarudo y se dispone a luchar contra Coleman. Necesariamente ello significa disturbios.

—¿Vas a ayudarle?

—Claro que sí. Aunque pienso que es una locura y que la tarea que Jack ha emprendido es propia para los agentes de la Ley. No

obstante, a pesar de mis objeciones, cree que lo que hace es estupendo. Tal vez se vea convertido en un «colador» —se estremeció la muchacha ante la cruda frase—, pero al menos será un «hombre», y no un conejo.

Al cabo de un silencio, que empleó en extraer un paquete de cigarrillos de su bolsillo y encender dos: uno para sí y otro para la joven, volvió a hablar:

—Esta noche tengo una cita con Jack. Y también estará Coleman.

—¿Dónde?

—En el Club Cuatro Estrellas. No sé lo que se propone tu hermano, pero desea que yo esté presente, aunque separado de él.

—Llévame contigo —propuso la muchacha—. No te estorbaré, Ned, te lo prometo.

Iba a negarse. Mas luego lo pensó mejor. Posiblemente, la presencia de la muchacha fuese conveniente. De esa forma se explicaría le suya en el club, aunque Coleman pudiese sospechar otra cosa. El hecho de presentarse acompañado de Elena desconcertaría al «gángster».

—Bien —accedió—. Pero has de prometerme que no harás nada para intervenir en lo que ocurra. No sabemos cuáles son las intenciones de Jack. Es posible que haya algún lío.

Asintió Elena. A pesar de que deseaba que Jack mantuviese la línea de conducta que había emprendido, no permitiendo que las presiones de un criminal le convirtiesen en un pelele, su corazón estaba lleno de inquietud.

Conocía bien a Jack. Sabía que su personalidad estaba compuesta de una mezcla de dinamita y fuego. Si creía necesario, para la defensa de algo que considerase importante, lanzarse de cabeza a una caldera de aceite hirviendo, lo haría sin vacilar.

Para la muchacha, Jack era como un desdoblamiento, de mayor arrojo, de sí misma. Ella también sentía impulsos de ira cuando presenciaba la injusticia habitual del mundo y las presiones de los fuertes sobre los que intentaban oponerse en su camino.

Por eso temía por Jack. Y el conocimiento de que Ned Cassidy se unía a él, llenaba su espíritu de satisfacción. Ned podía no estar de acuerdo, desde el punto de vista oficial, con lo que iba a suceder. Pero ella sabía que el agente del

F. B. I.,

era capaz de resolver cualquier caso que implicase circunstancias de violencia como aquél.

Impulsivamente atrajo hacia sí la cabeza de Ned y le besó. Éste, sin saber de qué se trataba, aceptó la caricia y correspondió a ella. Había apréndelo que las cosas buenas de este mundo hay que tomarlas cuando se nos ofrecen, sin preguntar la razón que existe para ello.



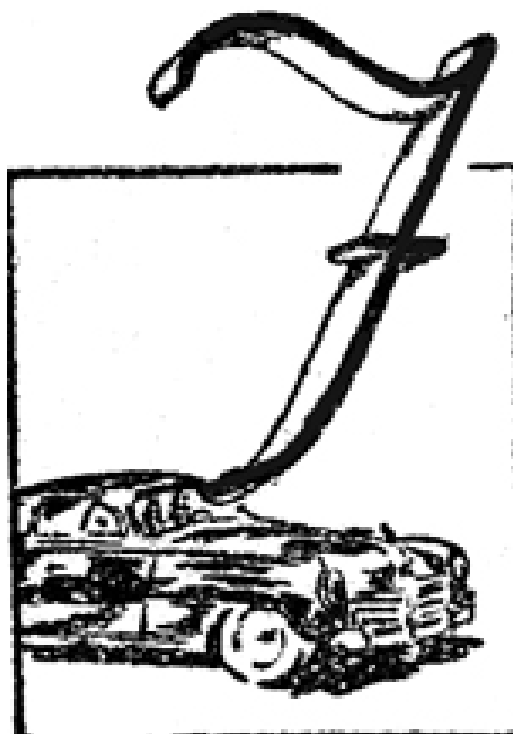
### ¡EMOCION! ¡INTRIGA! ¡AMOR!

Son las cualidades que encierran los trepidantes argumentos sobre el Oeste americano de nuestra Colección

### EXTRA-OESTE

Con más de 400 títulos publicados continúa siendo la preferida de los lectores de España y América.

## VI



...ACK Turney dio unos golpecitos suaves sobre el saliente omóplato del hombre que se hallaba examinando. Sammy Grump, que durante la mayor parte de su vida había suministrado cuantas golosinas consumieron las huestes infantiles de los enormes muelles de Nueva York, levantó la mirada de sus ojillos negros y los fijó en el rostro del joven doctor.

—Bien, Sammy. No tienes nada grave. Únicamente, demasiado alcohol. Deja el «*whisky*», y vivirás cien años.

La potente voz que surgió del desmedrado cuerpecillo resultaba inadecuada.

—Vamos, doc. Eso es una broma, ¿no es cierto? ¡Dejar de beber!

Repíte eso, y volveré a tirarte de las orejas, como en otro tiempo.

Con lentos, pausados movimientos, fué vistiéndose. La columna vertebral y las costillas podían serle vistas sin necesidad de rayos X.

Cada contracción muscular señalaba la red nerviosa, y era como si en el cuerpo de Sammy nada quedase a no ser la piel y el armazón interior.

Le contempló Jack con fijeza. Para él, el vendedor representaba algo más que un simple enfermo. Era su infancia, cuando iniciaba sus primeros pasos que habían de llevarle a la situación actual. Mirar a Sammy era como verse a sí mismo en una película del pasado. Durante muchos años cada uno de los habitantes de la zona portuaria se acostumbró a la presencia de aquel hombre.

Y lo más curioso era que nadie recordaba haberle conocido joven. ¿Cuántos años tendría ahora? Imposible contestar a tal pregunta. Ni siquiera Jack podía hacerlo, a pesar del examen que acababa de hacer en su anatomía. Quizá setenta u ochenta. En cualquier caso, el joven médico sabía que la recomendación de que no bebiera recibiría igual atención que una orden dada a las aguas de un río de volver atrás, sobre su cauce.

Terminó de ponerse la chaqueta Sammy, ayudado por Margot. La rubia cabellera de la muchacha contrastó con la plateada de Sammy. Como siempre que Jack tenía ocasión de ello, quedó fijo en la joven. Le causaba el verla el efecto de hallarse próximo a un volcán que podría arrastrarle en su seno ardiente. Y deseaba que ocurriese así, fundirse con ella, satisfacer su amor.

—Sí, doc —continuó Sammy, llamándole por el calificativo que le adjudicó desde el mismo día en que obtuvo su licenciatura—. Tú sabrás mucho de Medicina y enfermedades, pero no tienes la más ligera idea de los efectos curativos del «*whisky*». Sólo una vez estuve malo en mi vida. Fué durante la prohibición. Aquella ley lo que me convirtió en un mal ciudadano. Decidí comprar licor de contrabando, pues, de lo contrario, habría muerto.

Escapo de su garganta algo que quería ser una carcajada, pero que se asemejó más al chirrido de los goznes de una puerta mal engrasada. Inició un movimiento hacia la salida. Era ya un rito establecido el que de vez en cuando Sammy apareciera por la clínica de Jack a fin de que éste le revisara «la vieja maquinaria», según la expresión del propio interesado.

Antes de salir, giró sobre sus pies y se enfrentó a Turney.

—Escúchame, doc —había bajado la voz y adoptado el aire de revolucionario que conspira—: los muchachos están preocupados.

—¿A qué te refieres?

—Tienes muchos amigos por aquí, doc. Están orgullosos de ti. Todos ellos siguen tus combates por la radio y la televisión. Son capaces de quedarse sin comer una semana con tal de comprar una entrada para presenciar una de tus intervenciones. Y ahora han llegado a sus oídos rumores alarmantes.

Esperó el joven a que prosiguiese Sammy. Éste tenía su propia forma de expresión, y Jack conocía la inutilidad de intentar dirigirlo. Por su parte, sabía, o al menos lo imaginaba, a qué se refería el viejo. El extraño mundo que conformaba aquella zona de la ciudad le había dado abundantes muestras de la cariñosa vigilancia a que le sometían.

Tal vez entre ellos hubiese muchos que bordeaban peligrosamente la línea de la ley. Otros, seguramente, militaban sin ocultación entre los criminales de la gran ciudad; pero la figura de Jack Turney era para ellos como una especie de ser aparte, una forma de religión, que les hacía mejores.

—Dicen que has «tropezado» con Dan Coleman. Notaron tu falta y saben a qué se ha debido. Alguien propuso realizar una incursión y demostrar a ese «gángster» que debe apartarse de tu camino. Y te aseguro que Coleman lo pasaría muy mal si así fuese.

A veces, en el pasado, Jack Turney se había sentido desanimado de la labor que realizaba allí. En muchos casos sus atenciones fueron recibidas con hosquedad. Eran aquellos hombres y mujeres que vivían rudamente, y como tal se comportaban.

Sin embargo, la prueba de que se daban cuenta de su presencia y de que agradecían su intención instaba allí, en aquellas palabras del viejo Sammy.

Súbitamente, Margot realizó algo que llenó de sorpresa a los dos hombres. Besó a Sammy en la mejilla. Durante algunos instantes permanecieron los tres inmóviles. Jack se dio cuenta de que la acción de la muchacha se debía al agradecimiento de una mujer enamorada hacía alguien que representaba algo bueno para el hombre amado. Y Sammy demostró que su agudeza mental no había disminuyó con los años.

—Me figuro a qué se debe este regalo, muchacha habló. — Puedes repetirlo cuando quieras. Me gustaría ver celoso a tu novio. Creo que aún sería capaz de vencerle en un combate a diez asaltos.

—Seguro —afirmó Margot—. No me gustaría En cualquier caso, uno de los dos hombres que más me preocupan sufriría un daño.

Otra vez la risa chirriante de Sammy se alzó en la habitación. Definitivamente ahora salió. Durante algunos instantes quedaron los dos jóvenes en silencio. Las palabras del viejo vendedor habían evocado la presencia de Dan Coleman, Y tal cosa era algo que ambos procuraron esquivar desde el momento en que Jack puso al corriente a la muchacha de lo sucedido y de su actitud con respecto a ello. Habló Margot:

—¿Qué haremos? Sé que te preparas para efectuar algo en contra de Coleman. ¡Oh Jack! ¡Tengo mucho miedo!

—No te preocupes —la tranquilizó el joven—. Creo que hemos dado demasiada importancia a ese hombre. De todas formas, tengo pensado un plan, con el que supongo podré colocar una barrera entre él y yo.

—¡Me gustaría tanto ayudarte! —suspiró la muchacha—. Me siento una carga, una nueva preocupación para ti. Yo...

Una luz inmensamente brillante se encendía en sus ojos. Sus labios eran como dos semáforos en la oscuridad que llamaban a Jack. La atrajo con suavidad hacia él. La besó con una especie de furia. En su cerebro ardía la idea de lo que Coleman representaba en su vida. El «gángster» pretendía robarle aquellos momentos, cuánto constituía su ambición.

Se afirmó en su resolución. Se opondría a Coleman, aunque ello significase el caos y la muerte. En realidad, temía mucho más a las consecuencias de una debilidad que a la lucha. Entregarse en manos del bandido suponía la pérdida de su dignidad. Jamás podría volver a besar a Margot, sin sentir que tales besos sabían a humillación y derrota.

—No te preocupes —murmuró al oído de la mujer—. Tu presencia aquí es suficiente. No necesito otra ayuda que saberte mía.

Aún persistía el recuerdo de los besos de Margot en sus labios, cuando se sentó frente al volante de su coche, aparcado frente a la clínica. Comprobó que disponía del tiempo justo para acudir a la

cita que había concertado con el «gángster». Deseaba llegar al club nocturno cuando ya estuviese allí Ned Cassidy. Quería que el agente federal presenciase cuánto iba a ocurrir.

Era aquélla una de esas noches del mes de enero, fría, en la que las estrellas brillan en el cielo nítidas, temblorosas, y la tierra parece descansar en medio de un sueño precursor de la nieve. Las calles de la ciudad se hallaban poco animadas. Las luces rojas de la señalización del tránsito lanzaban sus guiños, que se convertían en relámpagos verdes en los cruces.

Detuvo el coche ante la entrada del club. El portero, embutido en un uniforme semejante al de un mariscal, se acercó rápidamente.

—Señor —advirtió— no puede dejar aquí el coche. Habrá de situarlo en el aparcamiento más cercano.

Se preguntó Jack de qué medio se habría valido Coleman para, habituar a aquel hombre, un exboxeador, sin duda, a exhibir aquellas untuosas maneras.

—No se preocupe, amigo —dijo—. No tardaré en salir. Conserve la mirada fija en la puerta y verá una especie de relámpago pasar. Ese seré yo.

Contempló asombrado el hombre su marcha hacia el interior del local. Los sonidos, amortiguados, de una orquesta, llegaron a sus oídos. Se acercó en dirección a un grueso cortinaje, de un desvaído color cerera, que tapaba la entrada a la pista de baile.

Al retirar el cortinaje, ante su vista se extendió un espacioso salón, de luz mortecina, en donde una serie de pequeños veladores, con lamparitas individuales sobre ellos, rodeaban a una pista de baile muy reducida.

Entró. Una sola pareja bailaba en aquel momento. En las mesas se veían algunos grupos, aunque el negocio no parecía demasiado próspero, al menos aquella noche.

Con sorpresa observó que la pareja que había en el centro de la pista estaba formada por Ned y su hermana. Un pensamiento burlón sustituyó a la sorpresa. Aquélla era la firme resolución de su amigo en relación con Elena. Según había dicho, jamás daría el primer paso para buscarla. Tuvo la seguridad, de que apenas él le dejó por la tarde, el agente del

F. B. I.,

se apresuró a ir en busca de la «traidora».

Con todo, no comprendía la razón de que Ned la hubiese llevado con él. Alguien tocó con suavidad en su hombro. Se volvió. Un corpulento camarero, de apariencia estólida, cara tallada a golpes, se había situado tras él. No le gustó nada el no haberse dado cuenta de ello. Se trataba de una demostración de descuido poco alentadora.

—El señor Dan Coleman le está esperando, señor —dijo el camarero, en voz atenuada.

Señaló al tiempo en dirección a una mesa, situada cerca de la orquesta, la cual se hallaba, a diferencia de otros locales, casi al mismo nivel de la pista. Allí estaba el «gángster». Dos hombres, dos rocas más bien, flanqueaban sus costados. Jack sabía que Coleman, al menos en público, no se mostraba nunca solo. Sus guardaespaldas iban siempre con él. Eran muchos los que esperaban una ocasión de causarle daño.

Se encaminó hacia la mesa. Se detuvo, sin sentarse, a su lado.

—¡Pestes, muchacho! —Se elevó, rugiente, la voz de Coleman—. Pensé que se trataba de una broma tuya y que no ibas a venir. Eres demasiado independiente. Pero ése es un defecto que con el tiempo se corregirá.

Dio suelta a un torrente de carcajadas. No obstante, Jack, que tenía por costumbre observar los ojos de sus enemigos, se dio cuenta de que los del «gángster» permanecían fríos, vigilantes, sin que la sonrisa encendiera en ellos luz alguna.

—Siéntate —fué casi una orden la invitación del bandido.

Ocupó Turney la silla vacía frente a Coleman. La orquesta quedaba a sus espaldas. Los guardaespaldas de Coleman, uno a cada lado, al alcance de sus manos.

—Bien, Turney —la voz de Coleman era cautelosa—. Dijiste que deseabas hablarme. Supongo que habrás decidido ser razonable. Brendys me ha dicho que deseas boxear de nuevo. Si es cierto, estoy dispuesto a olvidar lo pasado.

De un trago acabó con el licor, una abundante cantidad que había en un vaso. Advirtió Jack que, por lo contrario, sus acompañantes se limitaban a una naranjada sin alcohol. Habló de nuevo Coleman.

—Te daré un contrato ventajoso, muchacho. Llegarás al campeonato. No tendrás que pensar mal del viejo Coleman. Yo...

Se detuvo. Jack se había levantado del asiento y dominaba a los tres hombres. Levantó el joven una mano en demanda de silencio. Al obtenerlo, dijo:

—Va demasiado aprisa, amigo. Nadie dijo que haya cambiado de opinión. Es al contrario, Coleman. Ahora me afirmo más que nunca en lo que le manifesté en la entrevista anterior.

La mandíbula del «gángster» se contrajo con furia. Semejó ahora la aguda proa de un buque rompehielos. Una llamarada de odio relampagueó en sus pupilas.

—¡Rayos! ¿Te estás burlando?

—Escucha, sabandija —se inclinó un poco Jack, clavando al tiempo su mirada en la del «gángster»—. Tienes la equivocada impresión de ser todopoderoso. Pero no te has dado cuenta de que ello se debe a que te mueves en medio de un ejército de ratas, más cobardes aún que tú. Me he propuesto sacarte de ese sueño.

Apoyó las dos manos sobre el borde de la mesa.

—Voy a emplear métodos iguales a los tuyos. Ta arrancaré los dientes, a fin de que no te sea tan sencillo engullirte aquello que apetece.

Le miraba desconcertado el «gángster». En el cerebro de Coleman empezaba a insinuarse la idea de que Turney estaba loco. Sólo así se podía explicar su forma de proceder. Por su parte, los guardaespaldas se mantenían alertas, preparados.

—¿Estás loco, Turney? —Gruñó el bandido—. ¿Qué pretendes?

Con lentas, precisas, frases se explicó Jack:

—Aquí, en público, voy a darte tal paliza, que hará un poco mejor tu alma, a causa del sufrimiento. Tal vez así comprendas un poco de lo que experimentaron aquéllos a quienes maltrataron tus hombres, siguiendo «órdenes» tuyas.

Hizo una pausa. Contempló la cara de su enemigo, en la que el desconcierto era la nota predominante.

—¿Te has fijado que se encuentra aquí Ned Cassidy? Lo conoces, ¿verdad? Es un agente federal. Y también están los hombres de la orquesta y todas esas personas, que vienen a envenenare con el licor barato que les vendes. Bueno; presenciarán lo que va a ocurrir. Verán que tus hombres y tú lucháis conmigo. Y, si más adelante me llega a ocurrir algo, todos ellos podrán ser testigos de que tú tenías motivos de resentimiento contra mí. Hace mucho tiempo que las

autoridades andan buscando la ocasión de «quemarte» en la silla eléctrica. Dales la más ligera ocasión y te hundirás en los infiernos...

Fué en aquel momento cuando fallaron los nervios del «gángster». No recordó que frente a él se encontraba uno de los hombres más fuertes y ágiles del mundo, un aspirante a la corona mundial de los pesos medios. Una orden tajante salió de sus labios:

—¡Vamos! ¡Zumbadle fuerte! ¡Quebrantadlo para siempre!

Los silenciosos acompañantes de Coleman actuaron en perfecta y veloz acción. Se levantaron al mismo tiempo y se lanzaron en contra de Jack. Eran hombres que sabían luchar, y que conocían todas las tretas sucias del «ring».

Mas lo que intentaban era imposible. Fué como si quisieran sujetar a un tigre sin otras armas que las manos. Jack se deslizó por el brillante *parquet*. Esquivó un golpe del hombre de su derecha y hundió un puño en el estómago del otro. Éste se dobló como si hubiese recibido un balazo. La rodilla del joven subió a su encuentro, y se aplastó contra la ganchuda nariz. Fué suficiente. Se desplomó sin sentido.

Sin detenerse, Jack se dejó ir hacia atrás, evitando así que el terrible directo que le enviaba el otro bandido le alcanzase. Y un segundo más tarde se hallaba sobre él empleando sus puños en un tremendo machaqueo sobre el estómago de su oponente.

Los años alejado del cuadrilátero había desprovisto de la coraza muscular aquella parte de la anatomía del antiguo boxeador. Un gruñido de pánico y dolor al mismo tiempo se escapó de entre sus labios. Bajó la guardia. Un furioso gancho le alcanzó en la barbilla, y fué como si en su cerebro estallasen de repente bombas estrelladas que se convirtieron, al fin, en negra oscuridad.

Quedó Coleman frente a Turney despojado ahora de la falsa seguridad de los pistoleros. Jamás pensó que tal cosa pudiera ocurrir. Aquellos hombres que yacían ahora por el suelo, sin sentido, fueron seleccionados, entre muchos, por su pericia en la lucha.

La orquesta se había silenciado. No se oía el menor rumor en la sala cuando Jack se adelantó hacia el «gángster». Se alegró de ello. De aquel modo se cumplían sus deseos. El proceso de su pelea con el bandido sería presenciado por muchos testigos.

—¡No me toque, Turney! ¡Le mataré!

Era la amenaza expresada en el chillido de un ratón cuando ve sobre él al gato.

No pudo hablar más. La mano derecha de Turney le aferró de la garganta, en una presa asfixiante. Se sintió atraído hacia su enemigo por una fuerza irresistible. Y, a continuación, tuvo la sensación de que una manada de caballos salvajes le pateaban. Se sintió morir.

Golpes terribles llegaron a sus ojos, a la mandíbula prominente, al estómago, debilitado por excesivos manjares y licores. El terrible pensamiento de que su rostro quedaría desfigurado, de que la oscuridad en que se hallaba sumido sería eterna, mordió en su cerebro con el aguijonazo del miedo.

Quiso luchar. Pero nada podía hacer. Poco a poco cesó su resistencia, tanto física como mental. Se convirtió en un saco de entrenamiento, sobre el que Jack ensayó sus puños. Finalmente, se derrumbó.

Una ducha de agua, helada le sacó de su desmayo. Al cabo de unos instantes intentó ponerse en pie. Le pareció que su cuerpo se había convertido en un trozo de gelatina, y que cada uno de sus miembros actuaba por cuenta propia. Y también existían millones de malignos diablillos que, armados de alfileres, juzgaban su anatomía cual un enorme alfiletero.

Entreabrió los ojos. La odiosa figura de Turney se perfiló ante él. Aún sostenía en su mano el cubo que había tomado de una de las mesas, destinado a enfriar una botella de «*champagne*», y con el cual duchó al bandido. Realizó Coleman el esfuerzo mayor de su vicia, pero tenía que expulsar el veneno que le ahogaba.

—Esto le costará caro, Turney —inconscientemente había suprimido, la familiaridad anterior—. No descansaré hasta que le vea muerto.

Una voz nueva, que reconoció dificultosamente como la de Cassidy, el agente del

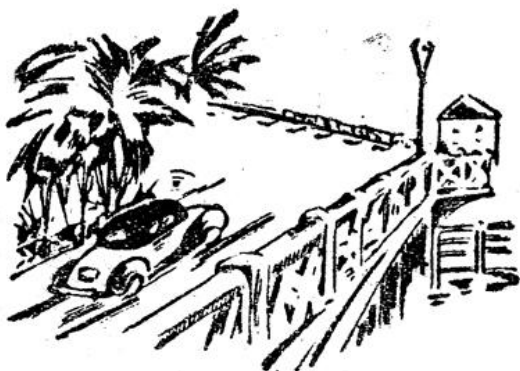
F. B. I.,

se abrió paso en las brumas de su cerebro.

—Tomo nota de esa amenaza, Coleman. La recordaré. Procure que nada le ocurra a Turney. Las consecuencias serían tremendas para usted.

Con ira ardiente, se dio cuenta el «gángster» de que los planes de su enemigo habían obtenido el triunfo. En adelante, aquel hombre representaba un peligro constante para él, y le sería casi imposible el causarle daño directo.

No obstante, había posibilidades múltiples para obtener el éxito en sus planes. Y él, Dan Coleman, las conocía todas.



---

UNA NUEVA PUBLICACION PARA JOVENES  
DIBUJADA POR UN ARTISTA MAGISTRAL

**MENDOZA COLT**

El famoso *gun-man* de raíz española cuya terrible velocidad en «sacar» siembra el terror entre los bandidos que saquean los poblados del lejano Oeste. Persigue con ahínco al culpable de su desgracia hasta que

PUBLICACION QUINCENAL 1.50 pesetas

## VII



ONO el «gong» para el quinto asalto. Cassidy se dio cuenta de que sus manos se apretaban convulsivamente sobre los soportes de madera que había a ambos lados de los sillones de pista, en el local donde se desarrollaba el combate.

Con sorpresa comprobó su emoción. Muchos años concurriendo a las reuniones de boxeo de mayor envergadura del país, le habían despojado, en cierto modo, de la capacidad de asombro. Había presenciado la ascensión de muchos boxeadores en el firmamento de la fama, y los vio desaparecer luego, tragados por el monstruo de la indiferencia moderna.

El mismo estaba considerado, dentro del

F. B. I.,

como un destacado luchador, dentro del campo profesional. Sin embargo, al igual que el resto de los espectadores de aquella velada, sentía algo desacomumbrado, viendo la magnífica exhibición que estaba ofreciendo Jack Turney.

Era como si, al verle actuar, se descubriese de nuevo la belleza del encuentro entre los gladiadores. Su perfecta arquitectura humana, se completaba con la ligereza de movimientos, con la tremenda y efectiva pegada, con los reflejos musculares, coordinados por el cerebro inteligente que existía tras la frente despejada.

Sobre el cuadrilátero se encontraban dos hombres excepcionales, aunque diferentes. Jack Turney era la inteligencia, combinada con el vigor y la flexibilidad. Black «Ciclón», una roca de granito, que disparaba sus puños una y otra vez con la precisión y la fuerza de una bala de cañón.

Contribuía también a la expectación el hecho de que de allí surgiría el campeón del mundo, sin duda. Porque el hombre que ostentaba actualmente el título nada podía hacer frente a cualquiera de los dos gladiadores que luchaban entonces.

Durante los cuatro asaltos anteriores, Jack Turney se había mantenido en una actitud de cautela. Cassidy, que le conocía perfectamente —en alguna ocasión realizó un par de asaltos con su amigo—, se dio cuenta de que buscaría la decisión final en aquel asalto. Se limitó antes a estudiar a su contrario, como un problema. Y ahora, conocía la solución.

Había sido el anterior un período de verdadera emoción. Dos relámpagos que se buscaban y que, al realizarse el encuentro de ambos, determinaban una especie de chispas detonantes, a causa del perfecto manejo de los puños.

Poco a poco, quizá de forma imperceptible para les que no conocían bien el mecanismo de la lucha, se había ido perfilando, no obstante, el vencedor. Porque, Black «Ciclón», perdió su inicial velocidad, en tanto que Turney aumentaba el ritmo de su constante baile alrededor del boxeador negro.

Incansablemente machacó Turney el cuerpo del negro, con golpes, de los que Cassidy conocía la «dinamita» que llevaban. Un silencio impresionante se hizo en el local, cuando los dos

boxeadores se adelantaron para iniciar el asalto.

El puño izquierdo de Turney se disparó en busca del mentón de Black y lo alcanzó, con un golpe seco, contundente. Y esta vez no se retiró esquivando. Avanzó de nuevo y martilló en el cuerpo de «Ciclón» con tremenda rapidez. Sus puños eran dos mazas de matemático ritmo, sobre los flancos del negro.

De pronto, deshizo la reunión de los dos cuerpos, saliéndose limpiamente, y colocando un «crochet» seco en la cara de su contrario. Un

uno-dos

fué seguido de «clinchés» fulminantes.

Tomó distancia nuevamente. El negro retrocedió a su vez. Sus movimientos eran pesados y su respiración anhelante. Le persiguió Turney. Sus dos puños se disparaban una y otra vez contra el cuerpo, que ahora encontraba siempre, del otro boxeador.

Finalmente colocó un directo impresionante, que lanzó la cabeza de «Ciclón» hacia atrás con violencia espantosa. Su otro puño golpeó en el estómago que se presentaba indefenso, y al venirse hacia adelante Black, un gancho de izquierda acabó el combate. Se desplomó el negro cual si hubiese entrado en contacto con su nuca un rayo.

Fué entonces cuando Cassidy se dio cuenta de que había estado gritando hasta enronquecer, mientras Turney destrozaba a «Ciclón» allá arriba. Con él lo hicieron los miles de espectadores que presenciaban el encuentro.

Poco a poco se restableció el silencio. La voz del juez de la contienda se dejó oír:

—... Ocho..., nueve..., diez...

Un aullido se elevó de las gargantas de la enloquecida multitud. Jack Turney pareció encogerse un poco en el centro del cuadrilátero donde le obligaban a levantar el brazo.

Se levantó Ned y se alejó en dirección a los vestuarios. A medida que caminaba, un torbellino de pensamientos se agitaba en su cerebro. La sensación de hallarse al borde de un abismo se iba apoderando de él.

Cassidy, al contrario que Turney, poseía un conocimiento directo de las mentalidades y de la forma de actuar de los hombres como Coleman. Admitía el agente federal que la maniobra del

boxeador, haciendo que sus diferencias con el bandido hubiesen tomado un aspecto de pública enemistad, podía haber detenido a éste en la acción directa.

Mas ello no significaba la derrota del «gángster». Únicamente la necesidad de proceder con mayor precaución que en otros asuntos, en los que considerase menos peligroso llevar adelante sus planes siniestros. Por tal razón, Mikey esperaba el golpe. Quince días habían transcurrido desde el encuentro de Jack con el bandido en el club Cuatro Estrellas. Y durante ellos, Coleman no dio señales de vida. De dónde y cómo vendría el rayo, era lo que preocupaba a Cassidy.

Sabía que el bandido actuaba siempre dentro de la «legalidad». A pesar de su aspecto bovino, tras la frente escasa se ocultaba un cerebro agudo, ágil. Coleman sería capaz de encontrar un agujero en las redes legales, a fin de situarse en una posición capaz de desvirtuar cualquier acusación que pudiera hacerse en caso de ocurrir algo a Turney.

No obstante, por el momento, parecía como si el «gángster» hubiese abandonado su envoltura física y desvanecido en el aire. Y como tal cosa no era natural, Cassidy estaba inquieto.

Una espesa multitud que discutía con apasionamiento el pasado combate, mostrándose maravillada por la exhibición ofrecida por Turney, retrasó su llegada a los vestuarios. Una jauría de casi histéricos periodistas asediaban a Jack cuando logró llegar a la cabina donde su cuidador procedía a masticarlo.

Esperó pacientemente. Se proponían aquella noche celebrar la victoria en compañía de Margot y Elena. Y por su parte, si conseguía convencer a la joven, fijaría la fecha de la boda. Ello, tal vez fuese otro motivo para la inquietud que le dominaba.

Poco a poco la granizada de preguntas indiscretas de los reporteros deportivos fué decayendo. Uno a uno salieron, y Jack pudo al fin empezar a vestirse. Iba a entrar Cassidy en el vestuario, cuando la figura de un hombre, que avanzaba por el pasillo, escasamente iluminado por una bombilla, le inmovilizó. Sus músculos quedaron agarrotados en la trampa de lo inevitable. Aquello era lo que inconscientemente había estado esperando. Se trataba de Dan Coleman.

Mordía el «gángster» un puro de gran tamaño. Su amplia

vestimenta caía a lo largo del cuerpo poderoso con holgura. Avanzó con la insolente seguridad de un tanque en pleno Broadway a la hora de mayor tránsito. Se detuvo junto a Ned.

—¡Hola, Cassidy! —saludó con falsa cordialidad, en tanto que sus ojos se conservaban vigilantes, fríos, cuál los de un ofidio—. No le veo hace mucho tiempo. ¿Dónde está nuestro común amigo, el futuro campeón? Quiero felicitarle por el combate de esta noche. Nunca vi nada mejor.

—¿Qué busca, Coleman? No me gusta su presencia, como no me gustaría la de un gavilán. En cualquier caso, me parece un ave de presa, dispuesta a comer mi cuerpo luego de asesinarme.

—Vamos, vamos —la cavernosa voz del bandido estaba plena de ironía—. No debe hablar así, Cassidy. Precisamente vengo con una misión desagradable. Parecería que tenía razón.

La inquietud aumentó en el interior del agente federal. La seguridad de Coleman era un indicio cierto de catástrofe.

—Hable —dijo secamente.

Denegó el otro con un movimiento de la pesada cabezota. Señaló con el puro, que sostenía entre los dedos de la mano izquierda, hacia el vestuario donde Turney despedía a sus últimos admiradores.

—No —dijo, al fin—. Es algo para él también.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Cassidy. El odio irrefrenable que latía en la voz del bandido se hallaba envuelto en un regocijo anticipada. Era como el hombre que ha esperado largo tiempo vengarse y ha conseguido al fin la posibilidad de ello disponiéndose a usarla.

Comprendió que habría de acceder a lo propuesto por Coleman. Le indicó que le siguiera, pues Jack se encontraba ahora solo, con la única compañía de un cuidador. Aún le faltaba ponerse la chaqueta, y se anudaba la corbata entonces.

Vio el gesto de consternación que se imprimía en el rostro de su amigo al verle avanzar seguido del bandido, y comprendió que, lo mismo que él, Jack había estado temiendo su aparición en escena.

Cerró la puerta tras sí, luego de haber hecho salir al cuidador. Durante algunos instantes callaron. Les tres hombres se miraban cual si se trataran de hacer un cómputo de sus respectivas posibilidades. Fue Coleman quien rompió el silencio. Y su tono era

el mismo que empleó al hablar con Cassidy antes. Una mezcla de odio e ironía.

—Bien —empezó, al tiempo que manejaba el puro con el gesto de un director de orquesta— una agradable reunión, ¿verdad, amigos? Creerían, tal vez, que había muerto o algo semejante, ¿eh? Pero como alguien dijo, una vez, hace mucho tiempo, sólo los buenos desaparecen a tiempo.

Estableció una pausa. Arrancó una profunda bocanada de humo al cigarro y lo exhaló con un gesto de satisfacción. Continuó:

—Ya ven que estaban equivocados, afortunadamente. En todo este tiempo no dejé de recordarles. No con rencor, desde luego. Simplemente me pregunté cuándo volveríamos a vernos. Y he aquí que ello ha ocurrido, sin deliberada intención por mi parte, pueden creerlo. Yo...

Se adelantó Jack. Y su apariencia era la del león que se dispone a librarse de los molestos lloros de una hiena.

—Vamos, gorila. Di pronto lo que sea. Siento en mis dedos un hormiguillo precursor del estrangulamiento.

Levantó la mano derecha el «gángster», en gesto de paz.

—No sea loco, Turney. Ya le dije a Cassidy que traía noticias desagradables. Lo serían, aún más en el caso de que me maltratase.

Aumentó la intranquilidad de Ned. Aquel hombre mostraba demasiada seguridad. Sin duda, consideraba que los tenía en sus manos. Y cuando así procedía era debido a razones de peso para ello.

Con lentos, pausados, movimientos, Coleman extrajo del bolsillo interior de su chaqueta gris una cartera. Luego procedió a sacar un sobre blanco. Golpeó con él en el dorso de su mano izquierda.

—Antes de leer esto —dijo— quiero advertirles que soy por completo inocente de lo sucedido. Para mí es una sorpresa, lo mismo que lo será para ustedes. Ténganlo presente.

Sacó del interior del sobre una hoja de papel. Desde donde se encontraba, el agente federal pudo darse cuenta de que se hallaba cubierta por una serie de letras, evidentemente recortadas de algún periódico, y con las cuales alguien había compuesto un mensaje. Pausadamente leyó el bandido:

—«Coleman: sabemos que eres “amigo” de Turney. Ve a verle. Dile que tenemos en nuestro poder a Margot Grey y a su hermana.

Tendrá que entregarnos “cien de los grandes”

(100 000)

si quiere que salven la vida. Los habrá ganado cuando obtenga el campeonato mundial».

En el silencio que siguió a la lectura de aquel mensaje se incubó una tormenta de locura en el cerebro de Jack. Saltó sobre el «gángster» con el deseo de matarle. Sus dedos aferraron el cuello poderoso y se hundieron en él con ánimo de arrancarle la existencia.

Fué en aquel momento cuando los años transcurridos en la persecución de los fuera de la Ley sirvió a Cassidy. Porque en su corazón aleteaba un sentimiento parejo al de su amigo.

No obstante, se movió contrariando tal impulso. No coadyuvó al intento de Turney. Por el contrario, se lanzó sobre él. Sus manos realizaron el tremendo esfuerzo de separar a las contraídas garras que rodeaban el conducto respiratorio de Coleman. Era como intentar remover las raíces petrificadas de un árbol centenario.

Gritó:

—¡Jack, no seas loco! ¡Morirán Margot y Elena si no te contienes! ¡Suelta!

Lentamente la cordura volvió al cerebro del joven. Poco a poco aflojó la presión. El color violáceo que había ido adquiriendo la cara de Dan Coleman fué cambiando. De su garganta salió un suspiro semejante al exterior de un moribundo.

Durante algunos instantes, el «gángster» quedó jadeante, cual si hubiese participado en una carrera de pedestismo. Cuando recobró la facultad de hablar, musitó:

—Turney, dos veces ha puesto la mano sobre mí. ¿Es que no le preocupa lo que pueda ocurrir?

Pareció que la temperatura descendía varios grados al ponerse en contacto con la siniestra amenaza que palpitaba en las palabras del bandido.

Los dos hombres a quienes iban dirigidas aquellas frases sintieron que de súbito un tremendo peso gravitaba sobre sus estómagos. Inquirió Cassidy:

—¿Se propone decir que morirán esas dos jóvenes, Coleman?

Movió la cabeza con dificultad el «boss». En su cuello aparecían unas manchas amoratadas como consecuencia de la presión de los

dedos de Jack.

—Nada de eso, amigo. ¿Piensa que he perdido la razón? Recuerde que nada sé de esa carta. Soy, únicamente, un enlace. No conozco a los hombres, o al hombre, que se permitió cometer un delito semejante. La misma carta lo explica, ¿no es verdad? Mi siquiera conozco la forma en que piensa volver a ponerse en contacto conmigo. Tenga en cuenta que...

—De acuerdo, Coleman —le interrumpió la voz desanimada de Jack—. Usted gana. Diga qué se ha de hacer. Sabe muy bien que no tengo ese dinero.

Captó Cassidy la expresión de infernal regocijo que se encendía en la mirada de Coleman. Si los planes del bandido llegaban a triunfar, Jack Turney recibiría un trato que representaría la culminación de los manejos siniestros que el «gángster» era capaz de llevar a cabo, con los hombres que tenían la desgracia de caer en sus garras.

Lentamente, la convicción de que hombres como Coleman debían ser tratados igual que los lobos en las montañas, esto es, eliminándolos, se iba perfilando con tremenda fuerza en su cerebro. Al igual que un cirujano en determinados momentos considera el mejor medio de sanar a un enfermo cortar el miembro afectado de enfermedad, así deberían proceder los agentes de la Ley con los Coleman de este mundo.

Cierto que permanecer fieles a las leyes constituía el lema de los agentes del

F. B. I.

Mas había instantes en que se hacía necesario olvidarlo y proceder de forma distinta. La desaparición del criminal que en aquellos momentos se mantenía frente a Jack y él, con el aire victorioso del que está en posesión de los resortes que les obligarían a doblegarse, sería un beneficio para la comunidad.

Se juró a sí mismo que Dan Coleman acabaría su carrera de crímenes, fuese cual fuese la decisión que él se viera a tomar para alcanzar tal resultado.

—Turney —habló cautelosamente el «gángster»—. De nuevo le aseguro que nada tengo que ver con el asunto. No obstante, le haré una proposición.

Durante la pausa que siguió, Ned Cassidy aprendió más acerca

de la personalidad de Coleman que en todos los años anteriores que le conocía. Y fué bastante para ello la sonrisa que distendió sus labios. Era como uno de esos extraños entes, creados por algunos literatos, capaces de transformarse en hombres fieras que sienten escalofríos de placer ante la posibilidad de hacer daño.

Cassidy había pensado, hasta aquel momento, que el asesino por placer no se daba jamás sino entre los locos. Pero ahora reconocía su equivocación. Dan Coleman disfrutaba en aquel momento. Más que las palabras que pronunció el «gángster», percibió las ocultas pasiones que palpitaban en ellas. Odio, malignidad, placer, sentimiento de superioridad...

—Voy a ser más generoso de lo que usted lo fué para mí, Turney. Adelantaré ese dinero. Yo mismo pagaré a esos bandidos. No obstante, necesito una garantía.

—Hable.

—Firmaré un amplio contrato conmigo. Muy amplio. Yo me encargaré de sus finanzas. Una vez obtenido el campeonato mundial, podrá ganar mucho dinero. Pronto me habrá pagado. Y entonces podremos formar todos una «familia» feliz.

—Sea —accedió Jack, con acento cansado—. Mándemelo y firmaré lo que quiera. Luego suelte a las muchachas.

—Habrá de tener paciencia, Turney. Es necesario que ese «bandido» vuelva a ponerse en contacto con nosotros. Reunir el dinero. Negociar. Todo ésa llevará su tiempo. Quizá tarde lo bastante para que usted alcance el campeonato. Quince días, ¿no es cierto, muchacho?

—No puede retenerlas tanto tiempo, Coleman. Ya le dije que firmaré el contrato.

—¿Por qué habla así? Yo no retengo a nadie. Estaba, únicamente, haciendo suposiciones. Y aún haré otra. ¿Qué ocurriría con nuestro contrato si no ganase el campeonato? El tener la novia consigo pudiera debilitarlo, Turney.

Su odiosa voz se silenció unos segundos. Luego continuó:

—Tengo la seguridad de que su hermana y la otra muchacha presenciarán la pelea para el campeonato desde un buen aparato de televisión. Y los raptos recibirán el dinero a tiempo para soltarlas una vez que usted sea el campeón.

Aquellas palabras eran un final. Salió de la habitación, luego de

tirar el resto del puro que había recogido del suelo, cuando las manos de Turney dejaron de apretar su cuello, debido a la intervención de Cassidy.

—Debí matarlo —fueron las palabras que salieron de labios de Turney cuando hubo desaparecido el «gángster»—. O debí darme cuenta de lo que iba a pasar, y no emprender una lucha como ésta. Te agradezco que no me hagas reproches. Realmente estaba equivocado. Nada se puede hacer contra Coleman.

Las palabras de Cassidy sorprendieron a su amigo.

—No. Jack. No estabas equivocado. Somos nosotros, los agentes de la Ley, los culpables de la situación actual. Debimos eliminar a Coleman antes por cualquier medio a nuestro alcance. Pero ahora empiezo a recobrar la razón. Voy a liquidar a ese hombre.

—¿Qué piensas hacer?

Denegó la explicación con un movimiento de cabeza.

—No te preocupes. Sigue adelante con la firma del contrato. Apacígualo. Por mi parte, voy a intentar un pequeño plan que se me ha ocurrido. Si logro triunfar, Coleman habrá fracasado.

—¿Y si no es así?

—Bueno; en tal caso, la proposición de ese bandido sigue en pie. Tendrás que boxear para él.



~~~~~

Evocativo es el título de nuestra Serie

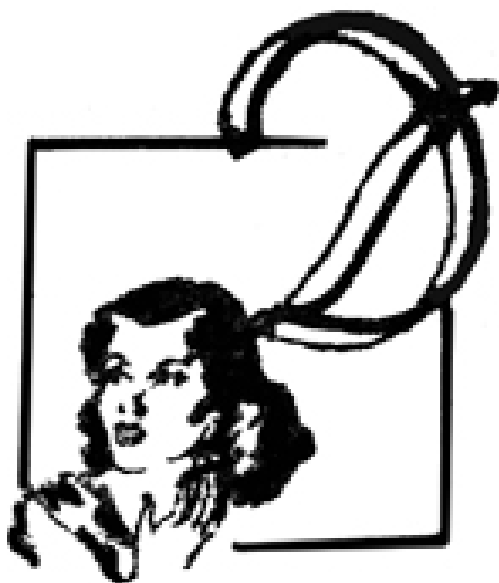
WINCHESTER

porque recuerda la época turbulenta de la historia del Far-West. En estas novelas se plasman argumentos interesantes y de ritmo dinámico protagonizados por hombres que sabían enfrentarse a la muerte con una sonrisa y un gesto de desafío.

WINCHESTER

es el prototipo de las mejores novelas de cowboys.

VIII



AN Coleman ocupó el asiento delantero, frente al volante, de su coche, un enorme «Cadillac» especial, de color negro. Arrancó suavemente. Y cualquiera que le hubiese seguido a partir de aquel instante, habría quedado sorprendido por el extraño itinerario que efectuó. Parecía seguir un camino incierto, errabundo, a través de la ciudad.

No obstante, Coleman sabía muy bien lo que estaba haciendo. Era un hombre muy precavido. Conociendo lo peligroso de sus actividades y sabiendo que podía ser seguido por innumerables hombres, a los que causó algún mal en el pasado, Dan no abandonaba jamás la vigilancia.

Y mucho menos cuando, como ahora ocurría, su lugar de destino era, estaba seguro de ello, objeto de la curiosidad de dos hombres tan formidables como Jack Turney y el agente del F. B. I.

Cassidy.

Mucho tiempo tardó el «gángster» en aceptar la constancia, de que nadie le seguía. Mas en el instante a que estuvo seguro de ello, tomó la dirección de Harlem. Una vez en el dédalo de callejuelas, que configuraban el centro del barrio, pareció que había efectuado un largo viaje, lejos de la ciudad de Nueva York, e incluso del país, para trasladarse a otro lugar en donde la raza negra imperaba.

Un sólido manto oscuro había cubierto el cielo cuando Coleman detuvo el coche en el centro de una callejuela de escasa iluminación. Con les pesados movimientos de un oso descendió del vehículo y penetró en una casa de sórdido aspecto.

Subió los desvencijados escalones de una escalera empinada hasta el piso primero. Extrajo una llave y abrió la puerta de la derecha. Un hombre, de fornida figura, apareció ante él. En su mano empuñaba una pistola con la firmeza de la roca.

—¿Qué hay, Lem? —saludó Coleman—. ¿Alguna novedad?

El llamado Lem guardó el arma con lentitud. Contestó:

—Nada, jefe. Tranquilidad absoluta. Sin embargo...

Mientras hablaban, Coleman y Lem habían penetrado en una habitación, escasamente amueblada, de cuyo techo colgaba una bombilla con una protección en forma de hongo invertido. El cono de luz daba sobre una mesa, alrededor de la cual otros tres hombres se hallaban sentados.

Se pusieron en pie al ver a Coleman.

—Sentaos, muchachos —dijo éste—. He venido solamente para hablaros. Y al parecer, hice bien. ¿Qué ocurre?

Interrogaba a Lem, el cual dejó, en suspenso sus palabras segundos antes. Al ser interpelado tan directamente, pareció embarazado, titubeante.

—Vamos —acució Coleman—. Habla.

En su voz se había deslizado una helada amenaza...

—Escuche, jefe —balbució—. Los chicos y yo hemos estado hablando.

Pasó una mano por su estrecha frente, enjugando el sudor que corría por ella. Humedeció los labios reseco con la lengua.

—¡Rayos! —rugió Coleman—. ¿Es posible que hayáis hablado? ¿Hablan los monos? Venga, decid qué os pasa.

Intervino otro de los hombres. Era un tipo delgado, de ojos

pequeños, mortecinos, y labios finos y crueles.

—La verdad es que no nos gusta este asunto. Dan —su voz era suave, tenue—. Esas muchachas pueden llevarnos a la silla eléctrica con tanta rapidez, que nos parecerá ir sentados en un rayo. Es muy peligroso. Dan, y usted lo sabe.

—Seguro que es peligroso, Carey. Pero no tanto como lo que hiciste con aquel negro hace algunos años, ¿lo recuerdas? Si alguien hablase de eso la silla eléctrica sería poco para ti.

Una gran palidez se extendió por el rostro de Carey.

—¿Qué ocurriría si algo de eso llegase a oídos de la Policía? —continuó Coleman—. Y tú, Lem. Aún buscan en Chicago al hombre que asaltó el Banco del Pacífico. Cuando lo hallen, lo «achicharrarán» en la silla.

Se dirigió ahora a los cuatro hombres en general:

—Oíd, muchachos. Os conviene seguir mis órdenes sin pensar demasiado. Yo me encargaré de eso por vosotros.

Cada palabra suya era como el restañar del látigo en una jaula de fieras. Obligaba a los bandidos objeto de ellas a encogerse cual si se tratara de un castigo físico.

Se silenció. Esperó durante algunos instantes, por si se producía réplica. Mas no fué así. Y entonces, satisfecho, el «gángster» apartó las objeciones que aquellos hombres representaban en sus planes, con la misma indiferencia que a una mosca en verano.

—¿Dónde están las chicas?

Silencioso, le guió Lem. Recorrieron un pasillo angosto, al final del cual se abría una puerta. Entraron. Se trataba de una habitación de pequeñas dimensiones, amueblada con un camastro y una mesa de tosca madera sin desbatar.

Margot y Elena se hallaban sentadas, con un aire de profundo abatimiento impreso en sus personas. Observaron la entrada del «gángster», sobresaltadas.

Las contempló Coleman, pensativo, algunos instantes. Avanzó luego hasta el centro de la habitación.

—Bien, palomitas —cloqueó—. ¿Qué tal se encuentran? Espero que el alojamiento que les he reservado les resulte cómodo. De otra forma, mí «amigo» Jack, también Cassidy, sentirían el deseo de agujerear mi piel.

Habían transcurrido doce horas terribles desde el momento en

que fueron engañadas y secuestradas por los hombres a las órdenes de Coleman. Ambas jóvenes se reunieron con intención de encontrarse con Jack y Ned la noche anterior.

La forma de apoderarse de ellas fué simple en extremo. Un taxi, surgido cuando abandonaban el apartamento de Elena, con objeto de encaminarse al lugar de la cita donde sus hombres las esperarían, fué el truco.

Luego viajar durante algún tiempo en él, se dieron cuenta de que estaba realizando un extraño itinerario. Quiso interrogar Elena al conductor, más únicamente obtuvo el que el coche acelerase la marcha. Luego, al detenerse, dos hombres de siniestra apariencia y modales bruscos subieron al vehículo. Y a partir de aquel momento se vieron amenazadas por dos pistolas que las mantuvieron paralizadas.

No obstante, ambas sabían la razón del secuestro. El nombre de Dan Coleman acudió a sus mentes inmediatamente. Supieron que se encontraban en poder del hombre que tenía entablada una lucha a muerte con Jack.

Al principio, el terror se adueñó, de sus corazones. Mas se dispusieron a enfrentar su destino sin entregarse a la desesperación. Lo que estaba ocurriendo era el resultado de una acción que, en el fondo de sus corazones, reputaban de admirable, aun cuando recayera sobre ellas el peligro.

Tomó la palabra Elena. Irguió el cuerpo. Su rubia belleza obtuvo el efecto de encender un fuego admirativo en el frío corazón de Coleman.

—Es usted Dan Coleman, ¿no es cierto?

Una sonrisa espantosa distendió los labios del bandido. Pasó la lengua por los gruesos labios, como si se hallara ante un plato de manjares exquisitos.

—Exactamente, palomita. Yo soy ese «terrible bandido». ¿Quién le habló de mí? ¿Cassidy o su hermano?

—No importa quién lo hiciera. Pero esto le costara caro. La pena por secuestro es la de muerte. Usted..., usted está loco. Tiene que dejarnos. De lo contrario, nada le salvará.

—Se equivoca. Nadie las ha secuestrado a ustedes. Al menos, yo no. Precisamente me dispongo a arreglar todo, para que puedan reunirse con esos dos muchachos que, se lo aseguro, están pasando

unas horas amargas. ¡Caramba! He aquí la recompensa de la virtud.

Era espantoso oír el tono irónico de Coleman. Poseía tal seguridad en lo que hacía, que la convicción en su absoluta impunidad se iba grabando en las mentes de las jóvenes.

—¿Qué se propone hacer? —dijo Margot.

—Nada malo... si se portan bien. Óiganme. Quiero que escriban algo especial una cualquiera de las dos. Y no se equivoquen. Como dijo usted antes, muchacha, está mi cuello en juego. Si he de pagar en la silla, será a causa de un «verdadero delito». ¿Comprenden lo que quiero decir? Igualmente moriré dejándolas a ustedes con vida, que arrancando la posibilidad de alentar a esas bonitas gargantas.

Había sinceridad en las palabras de Coleman. Sin duda, no vacilaría en matar. Tal fué la conclusión a que llegaron las muchachas. Se sometieron. Existía la posibilidad de lograr salir de aquella trampa si se sometían a las órdenes del «gángster». Todo lo que fuese ganar tiempo representaba una baza en la partida de juego en curso. Así, quizá Jack y Ned lograsen arbitrar un medio para rescatarlas.

No hubo necesidad de ponerse de acuerdo. Margot dijo:

—Bien. ¿Qué hemos de escribir?

De un bolsillo sacó Coleman un cuadernillo de hojas sin rayar.

—Lem —ordenó—. Dale tu pluma estilográfica.

Margot se dispuso a escribir.

«Querido Jack —dictó Coleman—. Estamos en manos de unos hombres que aseguran nos dejarán en libertad una vez que se haya pagado el rescate. Dicen que por medio de Dan Coleman se han puesto en contacto con vosotros. Nos tratan bien. Margot».

Una risita siniestra se elevó en las profundidades torácicas del bandido.

—¡Ja! Parece escrita por una jovencita a su novio, ¿verdad? Nada más ingenuo ni pastoril. No lo creerán, pero no pueden demostrar que no sea cierto.

Nuevamente rió. Guardó lo escrito por la muchacha en las profundidades de sus amplios bolsillos.

—No intenten nada para escapar —recomendó—. Podría ser peligroso, no solamente para ustedes, sino también para los hombres que «aman».

Antes de abandonar la casa fustigó otra vez a dos cuatro

bandidos que mantenían la custodia de las jóvenes.

—Recordad que resulta mucho más peligroso para vosotros lo que yo sé, que cuanto pudiera llegar a conocer la Policía.

Subió al «Cadillac». Una ola de felicidad llenaba su malvado corazón. Aquella nota que había obtenido de Margot, la novia de Jack, era un toque artístico a la trampa que había preparado para obligar a Jack Turney a someterse a sus deseos.

Durante muchos años, Coleman había conculcado las leyes, merced al conocimiento que de ellas poseía. Asimismo, el estudio de la psicología de sus semejantes, le proporcionó triunfos decisivos en su carrera criminal.

Cierto que ni Ned Cassidy ni Jack Turney creerían en su inocencia con respecto al secuestro de las muchachas. Pero a Coleman nada le importaba lo que los demás pudiesen pensar de él. La realidad era que, mediante la treta preparada, a los ojos de cualquier juez, él no sería otra cosa que un hombre bondadoso que accedió a prestar su dinero a Turney cuando éste lo necesitaba.

Ahora, la carta de Margot, afirmaba tal impresión. Unos desconocidos, a los que jamás podría convertirse en entidades físicas, las secuestraron. Podrían afirmar lo que quisieran. A pesar de todo, su testimonio escrito bastaría para deshacer las acusaciones.

El camino de vuelta hacia su cuartel general lo realizó adoptando precauciones similares a las que tomó a la ida. Pronto salió de Harlem. Las luces de Broadway señalaron un camino brillante ante el «Cadillac».

Detuvo el coche frente al edificio en donde se hallaba enclavado su «Club Deportivo». Descendió con agilidad. A pesar de su corpulencia, se mantenía en forma perfecta.

Una sombra surgió a su costado. En su carne se hundió algo duro, y una voz ronca farfulló:

—¡No se mueva! ¡Le quemaré la piel si lo hace!

Envaró el cuerpo ante el peligro.

—¡No hable! ¡Suba al coche!

La pistola que el desconocido mantenía pegada a su costado aumentó la presión. Obedeció la orden recibida.

Quedó sentado frente al volante, en tanto que el hombre poseedor de la pistola se situaba a su lado.

—Conduzca, amigo. Hacia los muelles.

Era una voz de inflexiones duras, pero cargada del maligno deseo de hacer daño. Coleman sabía cuándo era el momento de ofrecer resistencia, y cuándo debía obedecer. Su captor, por otra parte, se mantenía lo bastante alejado de él para que le fuese imposible intentar nada en contra suya.

Con una tempestad de ira rugiendo en su interior, Coleman manejó el coche. Pronto llegaron a la zona portuaria. Una vez allí, la iluminación consistió en alguna ocasional débil bombilla. Fué obligado a internarse en dirección a los grandes muelles de carga. Las siluetas de las grúas semejaban monstruos extraños en la noche.

—¡Dé aquí la vuelta! —ordenó la sombra, cuya cara le había sido imposible ver, por mantener constantemente bajada sobre ella el ala de un sombrero oscuro.

Habían llegado a una callejuela perpendicular al muelle. La oscuridad allí era absoluta.

—¡Pare! —la orden llegó cuando se hallaban a la altura de la mitad de la travesía.

Descendió el hombre sin perderle la cara ni un instante. Ahora no habló. Con movimiento del arma que empuñaba, y que Coleman vio perfectamente, le señaló que bajase del coche.

Le obligó a entrar en una casa de dos plantas, en el dintel de cuya puerta había un letrero que le fué imposible leer. No obstante, la verdad se iba abriendo paso en su cerebro. Conocía la existencia de la clínica que había instalado Turney en la zona portuaria. Concluyó que, sin duda, en aquel lugar se encontraban.

No quedó sorprendido cuando vio al hombre que, le recibía. En el fondo de su pensamiento, desde, el momento en que había entrado activamente en: el asunto Ned Cassidy, temió lo que el agente del

F. B. I.,
pudiera realizar.

Un profundo temor se encendió en su corazón. Pero fue contrarrestado por la superioridad que le proporcionaba el saber que tenía en su mano el medio de abrir una fisura en la coraza de su enemigo.

Cassidy permaneció en pie, silencioso, en tanto que unos segundos angustiosos transcurrieron. Coleman estudió a los

acompañantes del agente federal. Eran tres hombres a los que jamás había visto con anterioridad, uno de ellos le llamó la atención particularmente.

Poseía un cuerpecillo enjuto, y su edad era indefinible. Una cara, surcada por miles de arrugas, se animaba por las aberturas en ella de dos ojillos de un vivo color azul. Calculó que debía pasar de los ochenta años.

Le invadió un absurdo sentimiento de irrealidad. Aun cuando se daba cuenta de que el haberle llevado hasta allí debía estar motivado por alguna poderosa razón, le parecía ridículo el escenario y los actores. ¿Qué podía ocurrirle, proveniente de un solo hombre con personalidad y un anciano? Porque los otros individuos que acompañaban a Cassidy podían ser perfectamente clasificados.

Se trataba de «ratas» del muelle. Tipos a los que una voz enérgica haría correr en busca de sus agujeros para salvarse de cualquier calamidad que sobre ellos pudiese caer.

—¿Qué significa esto, Cassidy? —Gruñó, enojado—. ¿Qué se propone?

No contestó en seguida Ned. Sus ojos expresaban un intenso deseo de aniquilar al hombre que se le enfrentaba. Fué, entonces, cuando Coleman comprendió que se hallaba en peligro mortal. Nada importaba el hecho de que parte de los hombres que le vigilaban no valían nada. Ni siquiera aquel que le llevó hasta allí bajo la amenaza de un arma.

Era Cassidy el factor a tener en cuenta.

—Es usted muy listo, ¿verdad, Coleman? —Ned se acercó lentamente al «gángster». Un hombre lleno de recursos y trucos. Siempre consigue lo que se propone. Y siempre apelando a la violencia y la amenaza.

—Recuerde lo que se juega si algo me sucede, Cassidy —había retrocedido ligeramente Coleman, mas sintió en seguida el contacto de la dura superficie metálica de la pistola en su espalda—. Margot y Elena morirán.

Se apresuró a añadir:

—Sepa que entonces me negaré a prestar el dinero. Los hombres que las retienen no vacilarán en matarlas.

Aquellas palabras iban encaminadas a deshacer cualquier

trampa que pudiese existir a fin de relacionarle con el secuestro.

Pareció adivinar sus pensamientos Cassidy.

—Puede hablar con absoluta claridad, Coleman. No hay oculto ningún micrófono aquí. Me importa demasiado la seguridad de esas dos mujeres, y quiero darle una oportunidad de soltarlas sin que hayan recibido daño alguno.

Repitió el «gángster»:

—¿Qué se propone? ¿Quiénes son estos hombres?

—Le explicaré las dos cosas inmediatamente. Ambas están relacionadas.

Su cara estaba a pocos centímetros de la del bandido.

—Sepa que en este momento estoy actuando en forma independiente a mi calidad de agente de la Ley. Y estos hombres son los auxiliares que busqué para que me ayudasen.

Señaló al más viejo de ellos.

—Éste es Sammy Grump. Un hombre que conoce a Jack Turney y a su hermana casi desde el día en que nacieron. Estos otros, como usted habrá adivinado, pertenecen al muelle. Y también son amigos de Jack. Todos ellos están deseando machacarle la cabeza, y se han prometido que lo harán, aun cuando fuese la última cosa que efectuasen en su vida.

—Está loco. Esto es contrario a la Ley, Cassidy. Le costará caro.

—Ya le dije que ahora no soy el agente del

F. B. I.

He llegado a la conclusión de que con tipos de su calaña nada legal puede surtir efecto. Por eso apelaré a los métodos que usted utilizó siempre con éxito.

Notaba Coleman que su garganta iba adquiriendo una tremenda sequedad a medida que las palabras de Cassidy llegaban a sus oídos. Pero el odio que le inspiraba el recuerdo de Jack Turney y el trato a que éste le sometió le prestaron ánimos para sostener su postura.

—Podrá matarme, Cassidy, pero nada conseguirá. Únicamente condenar a muerte a las muchachas.

Una mano poseedora de tremenda fuerza se aferró a su garganta. Lo sacudió el agente del

F. B. I.,

hasta que sintió entrechocar los dientes del bandido.

Habló ahora por primera vez Sammy Grump:

—Déjanoslo a nosotros, Ned —el anciano hablaba a Cassidy con igual confianza que lo hacía con Turney—. Le haremos «quebrarse» en seguida. No me parece que este mastodonte tenga demasiada resistencia.

—Seguro —aseveró otro de los hombres, llamado Grandy—. Es un fanfarrón.

—Vamos, Coleman —habló, persuasivo, Cassidy—. Dé la orden de que suelten a las muchachas. Se evitará un rato desagradable.

—¡Vete al infierno! —Escupió el «gángster»—. No te atreverás a matarme.

—No voy a matarle. Pero tal vez sea peor lo que le espera.

Coleman había utilizado durante toda su vida la violencia para resolver sus asuntos. Jamás pensó, sin embargo, que los que doblegó empleando tales métodos pudieran apelar a ellos también.

Como otros criminales, se sentía respaldado por la Ley cuando alguien le amenazaba. Creía firmemente que Cassidy no sería capaz de llevar a efecto nada definitivo.

Por otra parte, no era un cobarde. No en balde había llegado a construir un «imperio», dominando a hombres fuertes y decididos. Ciertamente que para ello utilizó la inteligencia, pero no desdeñaba emplear su propia fortaleza cuando la ocasión lo requería.

Vio en aquel momento la posibilidad de actuar. Cassidy se encontraba a su lado, y el individuo portador de la pistola se había separado de su espalda y guardado el arma.

Con tremenda velocidad lanzó un golpe, que alcanzó al agente federal en el mentón. Al ser cogido de sorpresa, Cassidy fué lanzado hacia atrás violentamente. Chocó contra la pared, y al fin se deslizó hasta el suelo.

No esperó Coleman el resultado de su acción. Cayó sobre el hombre que sabía estaba armado, y dejó ir dos terribles mazazos sobre su cabeza. Vio, con satisfacción, que ésta también caía. Se volvió ahora en dirección a los otros dos.

Pero ya se había incorporado Cassidy. Sorprendió la mirada en los ojos del agente federal, que, con gran sorpresa por su parte, descubrió era de regocijo. Le oyó murmurar:

—¡Rayos! Tú me diste la ocasión.

Nunca llegó a saber que Cassidy se alegraba de su violenta acción, debido a que le repugnaba poner en práctica la idea que le

hizo llevar al «gángster» hasta la clínica de Turney. Ahora podía sentirse justificado ante sí mismo por lo que iba a suceder.

El primer golpe de Cassidy fué al estómago de Coleman. Éste sintió como si un león hubiese mordido, con ira profunda, en su carne. Luego uno de sus ojos se oscureció a causa de un directo, y un gancho llegó a su barbilla un segundo más tarde.

Lo mismo que el día en que Jack Turney lo utilizó como a un saco de entrenamiento, volvió a sentir ahora. No obstante, quiso luchar. No era hombre que le gustase dejarse maltratar sin resistencia. Lanzó sus puños, que poseían el tamaño de balones de «rugby», en dirección a la fugitiva sombra que se movía ante él.

Una y otra vez perforó la atmósfera. Sobre su cara estallaban los golpes que le enviaba Cassidy, animados de una maligna intención. Pronto Coleman no fué más que un muñeco que aguantaba el terrible castigo.

Volvió a la consciencia bajo la impresión desagradable de una ducha helada. Movi6 la cabeza, que le parecía del tamaño y el peso de la tierra, con aturdidos movimientos pendulares. A través de una visión deformada vio la figura de Cassidy ante él.

Lentamente recobró la agudeza de los sentidos. Y era como si en su rostro hubiese un incendio lento, devorador, recorriendo la totalidad de la piel.

Un odio intenso vibraba en su acento al exclamar:

—Va a arrepentirse de esto, Cassidy. Y no será «usted», precisamente, el que sufra las consecuencias.

—Por última vez, Coleman —había una amenaza helada en la voz del agente federal—. ¿Va a ordenar que suelten a las muchachas?

Una rotunda maldición fué la respuesta del «gángster». Poco a poco se incorporó.

—Máteme si quiere. Nada conseguirá. Nada puedo hacer.

—De acuerdo. Ya escuchó antes lo que dijo Sammy, ¿no es verdad? Voy a acceder a sus deseos. Es posible que el «tratamiento» a que van a someterle cambie sus ideas.

El miedo se apoderó de él. En contra de la lógica, era verdadera la amenaza de Cassidy. Iban a maltratarle hasta que hiciera lo que aquellos hombres deseaban. La idea de doblegarse acudió a su mente. Era tonto resistir cuando en su mano estaba castigar más

adelante, aunque por el momento pareciese vencido.

Sin embargo, suponiendo que lo decidiera así, existía una imposibilidad. En el instante en que admitiese tener poder suficiente para ordenar la libertad de aquellas mujeres, se condenaba a sí mismo a muerte. Tal era la pena por secuestro.

Cassidy adivinó sus pensamientos.

—Escuche —dijo—. Estoy dispuesto a olvidar lo ocurrido si las muchachas obtienen su libertad. Y creo que podría arreglarse todo de modo que usted tuviese la garantía suficiente de que nada iba a sucederle.

—¿Cómo?

La pregunta indicaba que le habían vencido. Pero alentaba en su cerebro un nuevo pensamiento. Iba a olvidar cuanto le detuvo en el pasado para castigar a Turney y a Cassidy. Comprendía que la idea de obtener dinero mediante Turney jamás tendría éxito.

Mas quedaba la venganza. Una bala terminaría aquel asunto. Jack Turney no formaría en la legión de luchadores que llenaban las arcas de Dan Coleman; pero, por su parte, tampoco obtendría beneficio alguno de su resistencia. Un cadáver no puede luchar ni ganar campeonatos.

La voz de Cassidy se dejó oír nuevamente:

—Usted ha dicho hasta ahora que su papel en el «secuestro» se limita al de un intermediario, ¿no es cierto? Iba a «prestar» el dinero a Turney llevado de su «buen corazón». Bien. Hágalo así. Sólo que tendrá que prescindir del contrato.

Durante algunos momentos sintió el impulso de volver a lanzarse en contra de aquel hombre que le humillaba y le vencía empleando sus propios procedimientos. Mas Coleman poseía una gran dosis de realismo. Ni aun en el caso de haberse encontrado a solas con él, hubiese podido ofrecer una resistencia efectiva.

Inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Dijo:

—Tendrá que darme facilidades, Cassidy. Cien mil dólares no se reúnen en un instante. Y ésa es la cantidad que piden los secuestradores. ¿Recuerda?

—Vamos, Coleman. Abandone la esperanza de que va a engañarme. Un teléfono es cuanto necesita para dejar arreglado este asunto ahora mismo. Y aquí hay uno que le servirá perfectamente.

—¿Qué garantías tendré de que va a cumplir su palabra?

Quedaré en su poder si cuando esas jóvenes se encuentren libres dicen que fui yo el culpable de su secuestro.

Una sonrisa curvó los labios de Cassidy.

—No crea que estoy improvisando, Coleman. Lo he pensado bien antes de traerle hasta aquí. Sabía que ésa iba a ser una de sus objeciones.

—¿Cómo puede obviarla?

—Usted es abogado, ¿verdad? Toda su vida la ha dedicado a redactar documentos falsos, que le han cubierto en cada una de sus «hazañas» criminales. Haga uno ahora que le esculpe por completo, y esos hombres y yo lo firmaremos. Lo depositaremos en el correo, luego, antes de que haga nada más. Eso será suficiente garantía para usted.

Dos horas más tarde, Dan Coleman se encontraba de nuevo al volante de su coche. Ya no estaban en su poder Margot ni Elena, Parecía que había sido vencido por completo. No obstante, no era verdad. Porque su pensamiento giraba alrededor de la figura de un hombre que podía ser la solución para calmar la herida que recibiera, no sólo físicamente, sino en su vanidad.

Y aquel hombre poseía una personalidad que le asemejaba a una «mamba». De cuerpo esmirriado, pero de sentimientos feroces. Mataba por el gusto de matar. Incluso el propio Coleman, cuando le tuvo en su presencia, y ello ocurrió en sólo dos ocasiones, sintió que un escalofrío recorría su cuerpo al enfrentarse con aquellos ojillos, llenos de malignidad, desprovistos de sentimientos humanos.

Apretó el acelerador del enorme «Cadillac». Aún persistía en su rostro el recuerdo doloroso de los puños de Cassidy. Con ira arrojó lejos de sí los últimos rescoldos de vacilación. La sentencia de muerte para Jack Turney estaba en marcha.

IX



ADA pocos minutos un avión despegaba o tomaba tierra en el inmenso aeródromo de La Guardia. Las banderas de todos los países se hallaban representadas allí, en una u otra ocasión, durante el día y la noche.

Hombres de las más diversas nacionalidades llegaban a la gran ciudad en busca de fortuna, de aventura, de placer. Pero antes de poder penetrar en ella habían de someterse a las formalidades rigurosas de la Aduana, que revisaba no sólo sus equipajes, sino también sus pasaportes, su historia, sus personas y los motivos que les obligaban al viaje.

Para servir a aquel mundo enorme existían varios establecimientos dedicados a la venta de comidas, licores e incluso de objetos curiosos, que servirían a los que únicamente permanecieran en el país por pocos días como recuerdo de su

estancia en la mayor ciudad del mundo.

Dan Coleman se hallaba sentado en el rincón más lejano a las puertas, ocupando una mesa, junto con otros tres hombres, del bar. Dos de sus acompañantes eran, sus guardaespaldas. Raras veces los dejaba atrás. Y últimamente, en ninguna ocasión. Porque la aventura que corrió noches antes, y en la que fué burlado por Cassidy, acompañado de tres desharrapados, así los denominaba él, le hizo aún más cauto que de costumbre.

El tercero podía ser comparado a un pájaro. La enorme cabeza, sostenida por unos hombros estrechos y un cuerpo que iba disminuyendo en anchura a medida que descendía hacia los pies, le prestaba apariencia de ave.

Pero tal impresión desaparecía al ver sus ojos. Era como si uno se asomara a un infierno y pudiese ver allá dentro legiones demoníacas agitándose. Unas pupilas semejantes a alfileres, aceradas, se movían inquietas sobre el iris.

Oía lo que estaba diciendo Coleman con atención:

—¿Sabes lo que tienes que hacer, Merry? No vaciles. La cosa será sencilla. Habrá una inmensa multitud. Espera a que se produzcan los alaridos finales. Dispara entonces. Nadie oirá el disparo. Lárgate después y olvídate de todo el asunto. Con el dinero que te he dado tienes suficiente para vivir bien el resto de tu vida.

En realidad, donde debía hallarse John Merry era en un manicomio. Y realmente tal era el lugar donde las autoridades de la ciudad de Cleveland le enviaron años atrás.

Ello fué luego de un largo proceso, durante el cual los aterrorizados habitantes de la inmensa urbe se enteraron de que aquel ser, al parecer débil e indefenso, se había hecho culpable de siete asesinatos.

Cierto que los médicos certificaron que estaba loco. Pero no por eso era menos espantoso ver al hombrecillo, sentado en el estrado, tras su defensor, escuchando impasible la historia de sus crímenes.

No fué un día feliz aquél en que decidieron perdonarle la vida y enviarle a un establecimiento, en donde se albergaban los hombres insanos culpables de asesinato. Porque su estancia allí duró poco.

Tres meses después de la sentencia, un vigilante del sanatorio, engañado por la desmedrada apariencia de Merry, descuidó su vigilancia. Ello le costó la vida, y también el que el loco volviese a

la libertad, dispuesto para seguir su trágica carrera.

No obstante, en el mundo existían otros locos que nadie había descubierto. Y así fué cómo Dan Coleman, aun sintiendo que la proximidad de aquel hombre le asustaba, le protegió y le ocultó a sus perseguidores.

Hombres como John Merry podían serle útiles en algunas ocasiones. Una de ellas acababa de presentarse. Sabía que el demente sentía hacia él adoración. El «gángster» imbuyó en su complicada maquinaria cerebral la idea de que únicamente Dan Coimean le protegía en el mundo y era su amigo.

—¿Has comprendido bien?

Asintió Merry. Hubo unos instantes de incómodo silencio. Pero vino a salvarlos el altavoz de avisos.

—Vuelo para Chicago. Avión «Douglas» preparado. Saldrá dentro de diez minutos. Se ruega a los viajeros suban al aparato.

Se puso en pie el «gángster». La razón de su viaje era que deseaba hallarse lejos cuando se produjera el acontecimiento siniestro que había preparado. Aquella noche, a una hora indeterminada, entre las doce y las dos, Jack Turney hallaría el castigo que buscó con su loca terquedad. Por su parte, Coleman, una vez acabados ciertos «negocios» en Chicago, pensaba realizar un viaje por Europa.

—Bien, Merry —dijo—. Ya es hora. Suerte.

Se alejó, seguido de los silenciosos guardianes, que semejaban ser muñecos desprovistos de la facultad de hablar, como indudablemente lo estaban de la de pensar.

John Merry presenció su partida sin moverse hasta que los perdió de vista. Luego salió a su vez del bar. Y ni él ni Coleman vieron a un hombre que les miraba sorprendido, grabada en sus pupilas una expresión de inquietud.

Merry subió a un autobús que había de conducirle a la ciudad. Encogido dentro de un traje mal ajustado, daba la impresión de un insignificante hombrecillo, necesitado de protección contra el mundo que le rodeaba.

Y, sin embargo, en su cerebro se agitaba un torbellino de ideas que hubiesen llenado de asombro y miedo a todos aquellos que ahora le veían pasar indiferentes.

Descendió del autobús al llegar a la Gran Estación Terminal.

Luego, utilizando el ferrocarril subterráneo, atravesó la ciudad, abandonando aquel medio de transporte en una estación de Broadway.

Consultó su reloj de pulsera cuando estuvo al aire libre. Comprobó que faltaban aún tres cuartos de hora para que la velada, en donde debía celebrarse el campeonato mundial, diese principio.

Con una presión de su antebrazo sobre el bolsillo interior de la chaqueta se recordó a sí mismo que allí guardaba una localidad de las situadas en la parte más alta del Madison Square Garden. Días antes, en ocasión de otra reunión sin importancia, comprobó su situación. Cercana a una columna y también a una puerta.

La columna serviría a modo de apoyo para fijar la puntería, y la situación de la puerta era excelente para escapar una vez que todo hubiese concluido.

Encaminó sus pasos hacia las brillantes luces de un bar, situado unas manzanas más allá. Mataría el tiempo bebiendo un «*whisky*». Ocupó una alta banqueta ante el mostrador. Situado sobre ella, su aspecto de pájaro era inconfundible. De vez en cuando movía la cabeza con súbitos movimientos, cual si el cuello de la camisa le estorbara.

Repasó en su memoria las instrucciones de Dan Coleman. Realmente eran sencillas. Disparar sobre el boxeador blanco. Se llamaba Jack Turney. Y no errar la puntería.

Claro que recomendarle a él tal cosa era tonto. Seguro que podía hacer blanco sobre aquel tipo con los ojos cerrados. Y lo haría satisfecho. No debió causar molestias a su amigo Dan.

Porque hacer tal cosa significaba meterse con la única persona en el mundo que había sido comprensiva y «verdaderamente buena» para él. Todos habían dicho siempre que era un loco. ¿Por qué?

¿Es que lo ocurrido en Cleveland no estaba justificado? ¿Iba a dejar que aquel carnicero, al que dio su merecido mediante dos onzas de plomo, se riera de él, llamándole renacuajo? Y aquel otro que se mofó del tamaño de su cabeza. Y los demás, que siempre se reían, creyendo que era un ser débil y sin defensa.

No estaba loco, no. Y sólo Coleman supo adivinarlo y tratarlo como a un ser normal. Un loco no podía pensar con tal claridad acerca de lo que haría una vez que aquel trabajo hubiese finalizado. Pensaba volver a Cleveland. Allí vivía aún el fiscal que le condenó.

Otro que dijo algo relativo a su locura.

Una ojeada a un reloj eléctrico que había en la pared frente a él, rodeado de botellas de todas clases, le arrancó a sus pensamientos. Apuró el «*whisky*» que le habían servido. Salió rápidamente.

Esperó algunos instantes hasta que pudo localizar un taxi. Subió a él:

—Madison Square Garden —ordenó.

Durante el espacio de tiempo que duró el trayecto fué acariciando en su mente el momento que se avecinaba. Aquél en que tendría ante la mira de la «Luger» que llevaba en la sobaquera al hombre que debía pagar su deuda a Coleman.

Una gran multitud se agolpaba en las puertas del Madison Square Garden. Se perdió entre ella, y avanzó casi sin poner los pies sobre el suelo. No tardó en hallarse sentado en su localidad. Había comprado un programa, y por él sabía que habían de celebrarse otros tres combates antes de llegar al que le interesaba.

Presenció el desarrollo de las peleas con la misma atención que podría haberles dedicado una foca. Para él, los hombres que insistían en golpearse allá abajo, y que semejaban muñecos animados desde aquella distancia, carecían de inteligencia.

¿Para qué utilizar los puños? Aquello era algo anticuado. El hombre más pequeñito, él mismo, podía acabar con un gigante mediante la sencilla operación de apretar un gatillo. Y entonces, ¿de qué servían el tamaño ni los puños?

Finalmente, llegó el ansiado momento en que debía celebrarse el combate que a él le interesaba de verdad. La aparición de los gladiadores fué anunciada con un rugido de la multitud que abarrotaba el local.

Merry percibía a su alrededor una corriente emocional que iba excitando sus nervios. No es que le gustara lo que ocurría en el cuadrilátero. Pero, sin darse cuenta, presionaba sobre él la atmósfera de salvajes instintos que la multitud dejaba en libertad presenciando las contiendas, a veces sangrientas, encerradas entre las cuerdas.

Fogonazos de los fotógrafos, una nube de hombres que se movían, en el «*ring*», los cuidadores, antiguos boxeadores que subían a saludar a los que ahora iban a combatir por el título mundial, el árbitro... Semejaba que sobre las suaves maderas que

constituían el piso del «ring» se estuviese desarrollando el acontecimiento de más importancia del mundo.

Y, en cierto modo, así era. Porque jamás en la historia del boxeo se había visto a un hombre que luchara como lo hacía Jack Turney. Su contrincante, Bob Randy, negro, subía al cuadrilátero bajo el sentimiento de que iba a perder. Pero, no obstante, todos sabían que defendería su título con fiereza.

Ahora, Merry tenía que refrenar sus nervios fuertemente. Recordaba bien las palabras de Coleman:

«Espera a que Turney gane la pelea. Derribará a su enemigo con toda seguridad. Le conozco bien. Y cuando se sitúe en el centro del “ring” para saludar y ser proclamado campeón, cuando estalle el delirio de las gentes, dispara. Nadie podrá oír la detonación, y Jack Turney habrá recibido el adecuado castigo».

Con mano febril acariciaba Merry la culata de la «Luger», inclinándose hacia adelante en el asiento a fin de que nadie pudiera observar su maniobra:

De pronto, los gritos de la gente a su alrededor se recrudecieron. Miró hacia abajo, al cuadrilátero. Vio a Turney, que acosaba con tremendos golpes al negro.

Un directo al mentón, un golpe corto al estómago, nuevamente a la cara, luego una serie al cuerpo. Súbitamente llegó el final. Un golpe de arriba abajo alcanzó a Bobby con la violencia de una bala de cañón. Sus pies perdieron el contacto con el suelo. Los ojos quedaron en blanco. Luego se desplomó como un montón de carbón en el centro del «ring».

Se puso en pie Merry. Nadie se fijaba en él pues cada uno de los que allí estaban ovacionaba con una especie de frenesí al nuevo campeón. Sin embargo, Merry se dio cuenta de una tremenda dificultad. Todos estaban en pie, y su corta estatura le impedía ver lo que estaba sucediendo en el «ring».

Resolvió el caso rápidamente. Se subió al sillón donde había estado sentado. Jack Turney era ahora un blanco perfecto. Sacó la «Luger». Apuntó. No podía fallar.

Nunca supo qué fué lo que le hizo volver la cabeza antes de apretar el gatillo. No obstante, así ocurrió.

Y entonces sus ojos descubrieron a un hombre de alta estatura, que se disponía a disparar a su vez contra él desde el lado derecho.

Como por milagro se había establecido un claro entre la apiñada multitud. Y se encontraban los dos solos, deseando arrancarse la vida mutuamente. Desvió el arma Merry, buscando el nuevo blanco. Con un golpe de la muñeca enfiló la puntería. Apretó el gatillo.

Un golpe secó lo derribó. Rodó hasta el suelo, donde quedó inmóvil, un puñado escaso de ropas arrugadas, desinfladas. Lo último que llegó a sus oídos fué el estruendo lejano de los aplausos de la multitud al nuevo campeón del mundo.

Robert Brendys, «el Gordo», como era llamado en los medios en donde se desenvolvía habitualmente, y que no eran otros que aquellos de los gimnasios y campos de entrenamiento, poseía un conocimiento sólido de los hilos que movían aquel complicado engranaje.

Si él hubiese hablado, las cárceles de buena parte de las ciudades de la nación se abrían visto ocupadas por ciudadanos que, aparentemente, constituían fortalezas de seriedad y honradez.

Desde luego, Brendys se hallaba en posesión de una idea exacta acerca de aquel mundo en que vivía. Y llegó a la conclusión, muchos años atrás, de que, a causa de la singular actividad que en él se desarrollaba, resultaría imposible despojarlo de lo que tenía de ilegal y peligrosamente al margen de la Ley.

A pesar de tal idea, en los últimos tiempos Brendys empezaba a pensar si las cosas no habrían llegado demasiado lejos. A partir del momento en que se produjo la aparición de Dan Coleman, en calidad de «boss» de una banda de pistoleros, cuya vida se desenvolvía a la sombra de los «*rings*» y del dinero que sobre ellos corría, todo se complicó excesivamente.

Brendys podía admitir el hecho de que alrededor de los boxeadores viviesen algunos centenares de personas que nada definido tenían que hacer en el deporte. Pero Dan Coleman destrozó su filosófica actitud a causa de los procedimientos drásticos que empleaba.

Coacciones físicas y morales, presiones de todas clases, asesinatos incluso, eran los medios de Coleman. Y así, poco a poco llegó a ser el rey de un reino de terror. El mismo, Robert Brendys, luego de tantos años dedicados a los negocios boxísticos, hubo de inclinarse y ceder.

Últimamente se había encendido en su interior un rayo de esperanza. Alguien se disponía a enfrentarse con Dan Coleman. Y en el fondo de su corazón tenía la convicción de que tal persona lograría la victoria final. Dentro de poco contarían a Coleman los diez segundos de la derrota.

La prueba de que su confianza no estaba injustificada era que Jack Turney había llegado, sin doblegarse, al campeonato mundial. Ello significaba el principio del fin. Una vez que un boxeador hubiese alcanzado la cima sin la intervención de Coleman, el dominio del «gángster» empezaría a decaer.

Mas en aquel momento Brendys estaba inquieto, desasosegado. Y el motivo de su intranquilidad era el encuentro que tuvo con Dan Coleman aquella tarde, en el aeródromo. Por fortuna, el bandido no le había visto. Y así pudo presenciar que había tomado el avión para Chicago y observar a los hombres que le acompañaban.

Claro que la inquietud de Brendys no estaba motivada por la marcha del «gángster» únicamente. Lo que verdaderamente hizo que se sobresaltara era el hombre que, además de los habituales guardaespaldas, se hallaba en compañía de Coleman.

Mucha gente se había engañado en el pasado con respecto a Brendys. Tal vez su aspecto de hombre regordete, con cara de querubín, sus maneras descuidadas y casi despistadas fueron la razón de una subestimación de sus talentos.

Para infinidad de personas hubiese resultado una verdadera sorpresa la amplitud y heterogeneidad de los conocimientos de Brendys. Incluso el mismo Coleman habría movido la cabeza en señal de indiferencia en caso de que alguien le hablase de ello.

Pero lo cierto era que Brendys conocía cosas consideradas secretas por muchos. Incluso la personalidad del hombre que había visto aquella tarde en el aeródromo de La Guardia en compañía de Coleman.

La razón que le impulsó a seguirle, luego que se hubo separado de Coleman, era extraña, incluso para él mismo. Quizá no fuese otra cosa que el hábito de enterarse de todo cuanto podía relacionarse, aunque fuese en un futuro lejano, con él.

Siguió el autobús hasta la Gran Estación Terminal con su coche «Buick», de un color escandalosamente rojo. Luego hubo de abandonarlo, cuando el pequeño asesino se decidió a utilizar el

subway. Presenció la peregrinación del perseguido hasta Broadway. Y cuando iba a desistir de lo que juzgaba inútil tarea, se encontró en un taxi, detrás del que llevaba a Merry, en camino hacia el Madison Square Garden.

No tuvo dificultad en entrar en el local, debido a que era allí tan conocido como lo fuera Camera en el pasado. Pero fué entonces cuando perdió a su hombre entre la multitud.

Mas ahora su interés se había despertado en grado sumo. Conocía muy bien la forma de actuar de Coleman. Sabía que cuando alguno de sus «perros de presa» se disponía a cometer una hazaña criminal, el «gángster» acostumbraba a ausentarse de la ciudad. De tal forma establecía una coartada formidable, con respecto a la posibilidad de que fuese relacionado directamente con un asesinato cometido por orden suya.

El razonamiento de Brendys fué sencillo. Sabía que Merry era un criminal nato. Minutos antes de que Coleman subiese al avión para Chicago, el pequeño hombrecillo tuvo una entrevista con el «gángster». Luego, Merry vagó un poco por la ciudad y a continuación se encaminó al lugar en donde aquella noche iba a iniciarse el declive del poder de Coleman, si éste no tomaba alguna enérgica decisión.

Pudiera ser que estuviese equivocado, se repetía Brendys, en tanto que recorría, incansable, el enorme edificio abarrotado de gente. Tal vez todo fuese una simple casualidad. Pero Brendys no creía en casualidades cuando de Coleman se trataba.

Desalentado, se detuvo al fin. La tarea de descubrir a un hombre en medio de aquella multitud, era enorme. Tendría que buscar refuerzos. Pero el tiempo estaba en contra suya. Ya habían empezado los combates.

Súbitamente se maldijo in mente. Estaba perdiendo la inteligencia. Existía un medio sencillo de localizar a su hombre. Todas las localidades que, por regla general, solicitaba Coleman para los combates de boxeo, salían de sus propias oficinas. De las de Brendys, alias «el Gordo».

Se movilizó veloz en busca de un teléfono. Introdujo una ficha, y la voz de la bonita secretaria que últimamente había adquirido llegó acariciadora a sus oídos.

Pocos minutos más tarde se hallaba en posesión de la

información deseada. De nuevo hubo de recorrer el local. Coleman había solicitado butacas situadas en varios lugares, por completo opuestos, del Madison Square Garden.

Lentamente se iba poniendo nervioso. Habían finalizado los combates preliminares y pronto se iniciaría el que había de dar un campeón mundial. Y, sin embargo, Merry seguía siendo una sombra imposible de localizar.

Con angustia comprobó que ya estaban Jack Turney y Bobby Randy en el «*ring*». Se procedía a extraer los guantes de sus precintos, y los fotógrafos lanzaban cientos de placas, destellando el magnesio casi sin interrupción.

Y fué en el instante en que se producía el expectante silencio que procedió al momento en que se iniciaba el combate, cuando Brendys descubrió a Merry.

Ya no tuvo duda al verle de lo que iba a ocurrir. Si alguna vez alguien había presenciado la loca ansia de un hombre, que se disponía a matar, Brendys se encontraba ahora en tal situación. No tuvo duda alguna de que la mano derecha del asesino, que se hundía en el lado izquierdo de su pecho, acariciaba la culata de un arma.

Como un relámpago se encendió en su cerebro la urgente necesidad de evitar lo que iba a ocurrir. El primer asalto estaba en pleno desarrollo. Aun aceptando que el asesino esperase hasta la terminación del combate, ésta no podría tardar demasiado. La costumbre de Turney era la de finalizar sus combates antes del límite.

La inspiración descendió sobre él. El nombre de Ned Cassidy surgió en su mente. Sabía en qué lugar del local se encontraba, pues le vio en su anterior vagabundear en busca de Merry.

Nunca en su vida había realizado mayores esfuerzos y a tal velocidad Brendys. Por su pensamiento cruzó la idea de que, a partir de aquel instante, el apodo del «Gordo», con que solían llamarle, habría de ser cambiado.

Se lanzó como un náufrago en dirección a la silla de «*ring*» que ocupaba el agente federal. Una polvareda de protesta se encendió a su paso. Pero nada le importaba. Atropelló y pisó a los que se le oponían, con la serena impavidez de un tanque.

Durante algunos instantes, Ned Cassidy creyó que Brendys se

había vuelto loco. Conocía a aquel hombre; escuchó a Jack contar la forma en que reaccionó durante la entrevista que sostuvo con él, a raíz de su vuelta a los «*rings*».

Pero cuando los jadeos de Brendys se hicieron audibles, se levantó a su vez del asiento como una exhalación. Arrastró tras sí al promotor de boxeo.

Cuando llegaron al piso en donde se hallaba la localidad de Merry, se produjo un aullido de la multitud; luego un profundo silencio. Hasta ellos llegaron débilmente los sonidos de la voz del árbitro contando.

—... Siete..., ocho..., nueve..., diez.

La mano de Brendys, crispada en un esfuerzo terrible, se cerró sobre su brazo. Con la otra señaló hacia un punto delante de ellos. Por sobre las cabezas de la multitud se elevó la figura desmedrada de un hombre.

Le pareció a Cassidy que se trataba de la visión espantosa de un sueño. La enorme cabeza pertenecía a un monstruo. Empuñó su revólver de reglamento; como por arte de magia, ante él se abrió la muchedumbre.

Gritó un nombre:

—¡John Merry!

Aquel hombre estaba apuntando en dirección al «*ring*». Tenía que detenerlo como fuera. Levantó su arma. En aquel momento, la desproporcionada cabezota se volvió en su dirección.

Unos ojos fríos, extraños, carentes de emociones humanas, se fijaron en él. Y disparó entonces a matar. Se adelantó por la fracción de un segundo al asesino de figura de pájaro.

La mano que empuñaba la pistola «Luger» se inclinó, al tiempo que disparaba. Se clavó la bala a unos pasos ante Merry. Luego, el cuerpecillo que tuvo la gigantesca tarea de soportar una cabeza tan grande durante cuarenta y dos años, rindió su escasa fortaleza.

Y allí, en medio de una multitud aterrorizada, rodeada por los gritos que aclamaban a Jack Turney como campeón mundial, quedó formando un trágico montón de ropas, iguales a un muñeco de guignol cuyas cuerdas se hubiesen roto.



¡LA EDITORIAL DE LOS ÉXITOS!

Public:

F. B. I. — WINCHESTER — EXTRA-OESTE
NOVELISTAS DE HOY — VALIENTES
AVENTURAS del F. B. I. — JEQUE BLANCO
MENDOZA COLT — RECORDABLES
WALT DISNEY

X



L suave rumor de los motores del aparato fué, poco a poco, convirtiéndose en un ruido familiar a los oídos de los pasajeros. Dan Coleman consultó su reloj de pulsera. Hizo un gesto a uno de sus guardaespaldas, el que ocupaba el asiento próximo a él.

Éste se levantó. De la rejilla destinada a los equipajes, aquellos permitidos a los viajeros como objetos personales, recogió una, pequeña radio de pilas.

Coleman la conectó. Poco a poco fué eliminando los ruidos, y la voz del locutor de la estación de Nueva York llegó a sus oídos. Reconoció el acento de Printed Wilson, el «*speaker*» deportivo. Un acento emocionado palpitaba en sus palabras.

«Algo maravilloso —decía—. Jamás hemos presenciado un

combate igual. Bob Randy se ha pasado los tres primeros asaltos boxeando como un ratón. Tal vez se figuró, antes de salir al “ring”, que podría hacer frente a Turney. Pero ahora está asustado. La terrible pegada de éste y la esgrima que despliega, todos sus golpes llegan al negro y le “duelen”, ha acabado con la serenidad del actual campeón del mundo...

»Y en este momento suena la campana para el cuarto asalto. Amigos, creemos conocer bien a Jack Turney. Seguramente el combate acabará aquí... Ya empiezan. Turney sale en tromba. Ataca. Sus puños parecen dos martillos, accionados por una máquina... Algo magnífico. Bob Randy intenta cubrirse... Está “groggy”. Vacila... Caer.

Un rugido llegó a los oídos, de Coleman, apagando la voz del locutor. Se inclinó pegando el oído a la radio. Lejano, a través del tumulto que el público promovía en el lejano Madison Square Garden, le pareció escuchar al juez de la contienda, contando.

—... Cinco..., seis..., nueve..., diez.

Esperó anhelante. Quería percibir el momento en que John Merry disparaba. Deseaba sentir, casi físicamente, el impacto que la bala había de causar en el cuerpo del hombre odiado.

Escuchó, dominado por una tensión tremenda. Lentamente llegó a su ánimo el convencimiento de que el plan había fallado. ¡Aquel maldito se escaparía de nuevo! Súbitamente se aclaró la voz de Printed Wilson.

«Jack Turney es el nuevo campeón del mundo, los fotógrafos le rodean, en tanto que los cuidadores sacan entre sus brazos a Bob Randy...».

»Un momento, amigos; algo sucede en la parte alta del Madison Square Garden. La gente grita y se agrupa alrededor de alguien caído en el suelo... Pasee que se trata de un hombre... Hasta nosotros llega el rumor de que ha habido disparos. No sabemos lo que pasa. Vamos a enviar alguien para que nos lo aclare. Es, sin duda, algo grave...».

Con un rabioso movimiento, Coleman dio la vuelta al dial. El sí sabía lo ocurrido. Era Merry. Falló en su cometido. ¡Maldito!

La ira nubló la razón del «gángster». Lo sucedido representaba un serio golpe para él. Durante mucho tiempo había sostenido su dominio sobre otros hombres, basado en una aparente

invulnerabilidad por su parte. Fracasó frente a Jack Turney implicaba consecuencias graves.

A partir de aquel momento, Coleman comprendió que únicamente le restaba un camino para conservar su trono en el mundo criminal. Tenía que volver a Nueva York, y allí afrontar sus responsabilidades. Desaparecer ahora, equivalía a una fuga y a la imposibilidad de restaurar más tarde su jefatura.

Llevado de la lógica de tales conclusiones, Coleman efectuó una extraña maniobra, apenas hubo aterrizado su avión en el aeropuerto de Chicago. Se encaminó a las oficinas y solicitó un billete de vuelta en el avión que iba a salir media hora después para Nueva York. Realizó una ligera comida en el restaurante del aeropuerto, y subió de nuevo al avión, con el fin de regresar.

No se molestó en utilizar ahora su pequeño aparato de radio. Únicamente dictó a la azafata dos cablegramas dando cuenta de su regreso. Luego dormitó hasta el momento en que le fué dada la orden de colocarse el cinturón de seguridad para efectuar el aterrizaje en la gran ciudad.

El reloj marcaba las diez de la noche cuando Coleman colocó las plantas de sus pies sobre el cemento del aeropuerto de La Guardia. Se encaminó hacia el lugar reservado a los coches particulares. Estaba seguro de que, siguiendo las instrucciones que dio desde el avión, su coche le esperaba.

No llegó, sin embargo, a efectuar el trayecto completo. Ante él se perfiló una figura humana que reconoció al punto: ¡Jack Turney! La serenidad de juicio se borró por completo de su cerebro, barrida por una tempestad de ira.

Sin elevar demasiado el tono de voz, inquirió:

—¿Qué hace aquí, Turney? ¿Me espera a mí? ¿Cómo supo que venía?

—Le advertí que se apartara de mi camino, Coleman —habló con lenta dicción el joven—. Voy a aplicarle el castigo correspondiente por haber olvidado mis palabras.

—¿Qué va a hacer? —La mano derecha de Coleman se hundió en el bolsillo de su gabardina.

Adelantó un paso Turney. El «boss» comprendió que de nuevo iba a experimentar la terrible humillación de verse utilizado como balón de entrenamiento por el boxeador.

Con terrible velocidad emergió la mano que hundiera momentos antes en el bolsillo. Y en ella empuñaba un revólver de corto cañón, pavonado en negro. Coleman había olvidado sus normas de prudencia. Nada le importaban las consecuencias que pudieran sobrevenirle por el hecho de cometer un asesinato. Lo único que deseaba era eliminar a Jack Turney de sobre la tierra. Después sería el momento de preocuparse y eludir el peligro.

Lentamente apretó el gatillo. De pronto, a su izquierda, una voz, en la que reconoció a Ned Cassidy, exclamó:

—¡No sea loco, Coleman! ¡Tire ese revólver!

Finalizó su mortal movimiento, pues nada le importaba, sino matar. Mas Jack se había desplazado con inverosímil ligereza, y el trozo de plomo perforo el aire. Se volvió ahora en dirección al agente del

E. B. I.,

Intentó disparar, de nuevo. Una llamarada mordió en su pecho, al tiempo que sentía un espantoso dolor en el corazón. Su mano armada se inclinó; el resto del cargador de su revólver se clavó en la tierra, a pocos pasos de Cassidy.

Rodó luego por el suelo. Finalmente quedó inmóvil, convertido en un trágico montón de ropas inanimadas. Turney se acercó a él. Le dio la vuelta. Durante algunos segundos contempló aquel rostro, contraído aún por una mueca de odio.

Más pronto la visión siniestra de su enemigo se fué borrando. Y la esbelta silueta de Margot desvaneció el resto de los pensamientos inquietos que aún se agitaban, en su cerebro.

FIN

COLECCIONES DE
EDITORIAL ROLLAN

**!LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!
WINCHESTER EXTRA - OESTE**

Audacia, valor, intriga y dinamismo, se condensan en estas nuevas novelas que reflejan la vida turbulenta de «cowboys» y «gun-men».

6 pesetas.

AVENTURAS DEL F. B. I.

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F. B. I.

1,50 pesetas.

**FORT
WINCHESTER
CONSTRUCCION**
de DOCE láminas
a todo color

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

6 pesetas.

MENDOZA COLT

Un valiente «gun-man» de sangre hispana. Aventuras portentosas en el lejano Oeste, descritas en cuadernos de dibujos inimitables.

1,50 pesetas.

**RECORTABLES
WALT DISNEY**
a 0,50 y 1 pta.

F. B. I.

LA PRIMERA COLECCION EN EL MUNDO
del Federal Bureau of Investigation.

Pesetas 6

